

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO V.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

Año 14. — N° 117.

## SUMARIO.

El salon del Senado; grabado.—Las cucas.—Revista de Paris  
— Una gota de agua.—Tipos y fisonomías del ejército de

Oriente; grabado.—La guardia imperial en la Crimea; grabados.—El grillo de la casa.—Recuerdos del viaje á la Palestina de M. de Sauley; grabados.—La toma de Constantinopla por Mahomet II.—La Pamplinera.—La Casdami.—Excursion al territorio de los Ued-Suf; grabados.

## El salon del Senado.

El salon del Senado cuya vista interior damos á la cabeza de este número, se halla en uno de los mejores palacios de Paris, el palacio del Luxemburgo, así llamado porque fué construido en un terreno que perte-



Salon de sesiones del Senado.

neció al duque de Epinay-Luxemburgo. María de Médicis puso la primera piedra del edificio en 1615, y Santiago Desbrosses, que fué el director de los trabajos, recibió orden de imitar en su construcción la arquitectura del palacio Pitti de Florencia.

El conjunto del monumento se distingue por la belleza de sus proporciones, por su perfecta simetría y por su solidez. Habitado por el conde de Provence, luego Luis XVIII y por otros príncipes hasta la revolución, sirvió de cárcel en esta última época; luego se estableció allí el Directorio, que cedió el puesto al Senado llamado *Conservador*; desde 1814 hasta el fin del reinado de Luis Felipe estuvo en él la Cámara de los Pares, y hoy se encuentra ahí el Senado del Imperio.

### Las Cucas.

¿Porqué se da el nombre de *cucos* á los jugadores de profesion, *alias* tahures? ¿Acaso porque semejan al cucillo, ó sea *cuco* en lo de ser aves de paso si la polieña tal cual vez, y nunca tanto como debiera, los persigue? ¿O será porque la infuista pasión que los domina llega á extinguir en ellos todo movimiento de benevolencia y de cariño, y hasta la pródida ternura de padres en los que llegan á serlo por desgracia suya y la de su misera prole? Digo esto porque al referido bipeado plumado se le tiene en la opinion del vulgo, no sé si muy fundada, por tan egoista y descastado como lo prueba esta coplilla popular:

Soy de la opinion del cuco,  
Pájaro que nunca anida;  
Pone el huevo en nido ajeno  
Y otro pájaro lo eria.

La opinioncilla (entre paréntesis) es mas cómoda que edificante, y aun que, sin mucho separarse de la genuina significacion de los vocablos, puede muy bien aplicarse á los hombres, sean *cucos* ó no lo sean, parece, no obstante, mas adaptable tan disolvente máxima á las damas que á los galanes; y si hay ó no prójimas que así la entiendan y practiquen, díganlo los registros del hospicio y el refugio, de la inclusa y los doctrinos: díganlo tantas madres, si ménos desnaturalizadas, lo bastante para delegar en zafias, asalariadas y rudas pasiegas los dulces cuanto sagrados deberes de la maternidad; y no por falta de la necesaria robustez (que fuerza es absolver de toda culpa á las enfermas y á las enclenques), sino porque todo lo sacrifican á su conservacion y regalo, y porque su culpable y necia vanidad les ha persuadido de que eso de eriar á sus pechos los frutos de sus entrañas es cosa de mujeres de poco mas ó ménos.

Por otra parte quien *pone el huevo*, sin tomarse la molestia de fabricar el nido y empollar á la criatura, no es el cuco macho (eso nadie lo ignora), sino el cuco hembra, y mirada así la cuestion, es indudable que la desvergonzada cuarteta con ellas habla; esto es, con las mujeres, y no con nosotros pecadores; es decir, con los hombres.

Como quiera que sea, no tomarán á mal mis lectores la precedente indagacion acerca de la analogia que puede haber entre el pájaro susodicho y ciertos pajaracos que, aunque parezca licencia poética, pertenecen á la sociedad humana.

Podria tambien justificarse el apodo de *cucos* con que se designa á los tahures, asimilándolos con la oruga ó larva de cierta mariposa nocturna que, segun el diccionario de la Academia mi señora, lleva asimismo el nombre de *cuco*; pues sabido es que los que juegan por vicio ó por industria tienen mucho de nocturnos y no poco de orugas.

Aténgome, sin embargo, á la primera interpretacion, y en el curso de este articulejo haré ver que para ello no me faltan razones, ni para opinar que con ellas mas que con ellos dicen relacion los cuatro versículos insertos, que si hay tahures y fulleros masculinos, no faltan, en Madrid especialmente, del otro género; quiero decir del femenino, supuesto que, si con referencia al precitado alípedo la dición es epicena, no así en su significado traslaticio, pues decimos *cuco* y *cuca*.

Sí, carísimos lectores; como si harta no fuese para roer y podrir á la humanidad la polilla de los *cucos*, plugo á Dios castigarnos con la carcoma de las *cucas*.

Aves de la noche (porque de noche es por lo regular cuando se tira la oreja á Jorge), no las busques de dia en ninguna parte, y ménos que en ninguna en misa ó en el jubileo: cuando mas si sois madrugadores, las encontraréis al rayar la aurora ganando á paso de Luchana su inmundo domicilio, como las máscaras subalternas que á la misma hora, saboreando todavia la postrera polka íntima y el comunista cotillon, se retiran famélicas, soñolientas y cariacontecidas. No mejor paradas dejan el garito las *cucas*; que si el placer, el desórden y la danza abusiva aran el cutis, hunden los ojos, afligen el estómago, derriten el colorete agruman el albayalde y emarman y amotinan las greñas, ¿qué no hará el tufo de las velas de sebo ó los mal acondicionados quinqués, sin el que despide tanto gaudul reñido con el aguador y la lavandera, apiñados en torno del mugriento y raído tapete que fué verde cuando Dios quería? ¿Qué carmin ni qué nácar resiste á la hedionda y perdurable humareda de tantas tagarninas, vulgo cigarros, ardiendo á porfia y produciendo, en-

tre horribles blasfemias ó groseras bufonadas, toses estentóreas, bárbaros estornudos y efluvios abominables? ¿Con qué cara medio decente ha de amanecer el desventurado que, rebelde á las instancias de Morfeo, trasnocha *viéndolas venir*, lacerando sus pulmones y quemándose á fuego lento la sangre? ¿Con qué talante saludará al astro del dia la veladora codicia, siempre enemiga del reposo y siempre adversa á la salud ó por no saciada ó por insaciable? Y no echemos en olvido la circunstancia muy agravante de que estas vigiliadas procelosas deterioran tanto mas la fisonomia de la mujer cuanto que su tez es mas impresionable (permítaseme la expresion) y sus fibras mas sensibles y delicadas que las del hombre: y téngase en cuenta que las *cucas*, con muy raras excepciones, son personas provecas, ó cuando ménos, muy adultas; que por pecaminosas ó por desesperadas, ó por uno y otro, recurren muchas hijas de Eva á los albuces cuando no son de recibo para juegos mas agradables, y cuando Vé-nus las jubila, Mercurio las recluta.

Velando de noche, claro está que han de dormir de dia, y de tal sistema de vida, si es vida la del jugador, ya se infiere como andarán, ó mejor dicho, cómo no andarán las haciendas de la casa, confiadas á alguna desarrapada y espesa asturiana, donde la hay; que muchas de nuestras heroínas saben prescindir estóicamente de ser tan mal servidas, y se reducen á comer fiambres ó tal cual fritada de tarángana ó de asadura que ellas mismas avian á su manera. — ¡Qué virtudes suele cobijar una astrosa papalina!... Porque conviene advertir que la mayoría de las aficionadas á *judias* ó *contrajudias* suelen ser intendentas, brigadieras, ó por lo ménos comisarias, siquiera con así titularse sean tocayas de las mulas de colleras. No aseguraré yo que con tales dictados consten en el padron del barrio; pero ello es que nadie se los disputa en las tertulias á que concurren.

He dicho ántes que estas excéntricas ciudadanas son invisibles de dia; pero está averiguado que salen alguna vez de su pocilga mientras Febo nos alumbra, aunque siempre de tapujo, ya para cobrar la viudedad exigua de que algunas disfrutan, ya para empeñar ó desempeñar en el Monte (el de piedad; no el que es teatro de sus glorias) sus trashumantes alhajuelas, ya para pedir y petardear á sus amigos y conocidos, y aun á los que no son aquello ni esto; y las hay que, calado el velo de la inválida mantilla, mendigan entre dos luces á título de pobres vergonzantes, la triste y menguada limosna con que luego prueban fortuna al *albur* ó al *gallo*, al *entrés* ó al *ganarán*.

Una vez principiada la cotidiana partida, pugnan á cual mas por apresurarse á merecer el apodo de *cócoras*; palabra inventada sin duda expresamente para zaherirlas, aunque alguna vez se aplica tambien á los hombres, palabra que aun no ha ingresado en el diccionario de la consabida Academia; pero yo he de influir todo lo que pueda para que se le dé carta de veindad; que otras con ménos razon lo han adquirido, pues sobre venirse usando desde principios del siglo que ya ha mediado, si no desde ántes, es sumamente significativa, porque con ella sola se moteja á un individuo de importuno, exigente, fastidioso, pedigüeño, agorero, quejumbroso, gárrulo y chinche; y hasta por ser esdrújula y un tanto cacofónica, parece que convi-da á articularla con el agrio gesto y el sarcástico tonillo que ordinariamente la acompañan.

Como las *cucas* pertenecen al sexo débil (ya que no al bello sexo), forzoso es que tengan asiento, y preferente á la mesa sacrificatoria, aunque todo su caudal efectivo no exceda de un napoleón, y aunque por encima de sus mal pergeñadas cabezas se apunten onzas de oro. Los jugadores de por vida, aunque no suelen ser modelos de la mas perfecta y atildada cortesania, las dejan en posesion de tan impertinente privilegio; pero á regañadientes y no sin punzarlas, sobre todo los que pierden, con pullas transparentes, con irónicos requiebros y con indirectas del Padre Cobos. Curtidas ya en aquel aperreado oficio, hacen ellas á todo orejas de mercader si pinta bien el naipe, y si van mal dadas, y por ende se les subleva la atrabilis, sueltan una andanada de injurias y denuestos contra el lucero del alba, acogiéndose á falta del de una potencia amiga, al pabellon de su *impotencia*, y sin olvidar las usuales muletillas de: ¡soy quien soy! ¡respete Vd. á una señora! ¡y si viviera mi difunto!

Pues ¿qué dirémos de los derechos que usurpan, de las gollerías que exigen, de los dengues que prodigan, de las tretas con que especulan y de las disputas que promueven? Ellas á la inenor distraccion y aun sin ella, se desmandan á cobrar la puesta que pertenece á otro: á esto en el lenguaje técnico del arte se llama *levantar muertos*. Ellas al banquero ó al punto ganancioso piden *armaduras*; esto es, que les den en albricias algo de lo que han ganado, y haciendo esto se diferencian solamente de los barateros de presidios y campamentos en no pedir la alcabala con navaja en mano. Ellas solicitan un duro efectivo para jugarlo de vaca con otro imaginario, y si ganan cobran, y si pierden no pagan. Ellas *hacen la oreja* al banquero; es decir, ponen siempre su pesetilla al naipe descargado, con la esperanza y á veces con la insinuacion de que previamente se la den por ganada en remuneracion de votos y simpatías. Ellas exageran y gimen y lamentan sin tregua lo que pierden, y ocultan ó niegan ó disminuyen lo que ganan. Ellas estafan sin el menor escrúpulo á sus contertulios, rifando á duro la carta, ó lo que es lo mismo, en cuarenta duros, el pañuelo de tartan ó el aderezo de similar que no valen seis en buena venta. Ellas, si

á deshora de la noche ocurre traer de la fonda un refrigerio, devoran los mejores bocados sin pagar nunca el escote, y heben sin temor de Dios, y algunas tambien, especialmente si son andaluzas ó americanas, encienden un chicote... ¡Horror, horror!... Y es de admirar la benigna tolerancia con que oyen las mas brutales desvergüenzas y las mas impías maldiciones, no sin conatos, y alguna vez mas que conatos de echar su cuarto á espadas, y la filosófica indiferencia con que, sin importarles un ardite, descomponen con el continuo manoteo el mal compuesto prendido, y con la incesante presion de los colaterales y el tráfigo y la inquietud de si mismas exhiben lo que la *caridad* en ellas como el *pudor* en otras debería esconder. Y siempre son las primeras que llegan á aquella sórdida oficina y las últimas que la abandonan, desafiando cierzos y nieves y tempestades, arrojando tumultos y pronunciamientos, y saltando si es menester por entre zanzas y barricadas, aunque otra cosa les aconsejen sus bajos y sus zancajos. Y con esta vida, comparada á la cual es apacible y regalona la del azacan y el galeote, nunca salen de la repugnante miseria en que ningun mérito contraen para con Dios, y ¡gracias si lo adquieren para Leganés ó para San Bernardino!

He aquí un imperfecto y rápido bosquejo de lo que son esas perdularias, omitiendo en gracia de la brevedad mas de cuatro pinceladas características, que fácilmente suplirán los que hayan fijado un poco su curiosa atencion en tipo tan aciago y extravagante, y que ciertamente no hacen falta para que todo cristiano mire á la mujer tahura con un pesaroso sentimiento mezclado de asco y de compasion. ¡Y cuenta que no he querido examinar á la *cuca* sino considerándola en su aislada y deshonorible individualidad! ¿Qué colores, por negros que fuesen bastarian á pintar como merecen la jugadora *esposa*, la jugadora *madre*? ¿Qué honra y qué ventura para el marido de mujer semejante, si no es tan vicioso y tan trueno como ella!... ¿Qué escuela para los hijos, y sobre todo para las hijas! ¡Ay de ellas si las lleva al garito! ¡Ay si las deja en casa!...

Por no acabar con imprecaciones y anatemas de misionero este cuadro de costumbres, con mas humilde y festivo propósito iniciado, omitiré las muchas y graves reflexiones que á mi pluma se agolpan, y resumiéndolas en una sola, digo que la hembra dada al juego no es consorte aunque esté casada, ni madre aunque tenga hijos: es... jugadora, es *cuca*.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

### Revista de Paris.

El miércoles último, Mlle. X... (ya saben nuestros lectores que la discrecion nos obliga á valernos de esta inicial quizás con demasiada frecuencia) puso en venta los ricos y elegantes muebles que adornaban su aposento. Mlle. X... cansada sin duda de sus triunfos de mujer á la moda, deja Paris, dicen que para siempre. Su lujo tenia fama por lo desmedido, y dos señoras de la alta sociedad quisieron echar una ojeada en el interior de la espléndida pecadora. La víspera, pues, de la almoneda, al ver tanto oro, tanto terciopelo, al ver aquellos muebles exquisitos, aquellas obras de arte, aquellas antigüedades de un valor tan alto, murmuraban con la indignacion de la virtud eclipsada por la ligereza de principios.

Pero de repente madama de N..., una de las dos señoras, descubrió un retrato en miniatura prendido en el marco de terciopelo de un espejo, que era el retrato de su marido. La indignacion estuvo á punto de transformarse en ataque de nervios.

A la otra mañana acudió á la almoneda, compró el retrato y luego se le enseñó al perdido esposo, diciéndole el lugar donde le habia encontrado.

Era imposible negar; M. N... buscó una excusa, y dijo con aire de triunfo:

— Fué mucho ántes de casarnos.  
— ¿De veras? exclamó la esposa ultrajada. ¿Con qué es preciso pruebas para convencer á Vd.?  
— Sí por cierto.  
— Pues, señor mio, tiene Vd. que confesar que no sabe Vd. urdir sus mentiras.

— Vamos, amiga mia, no te acalores, repuso el marido con dulzura; hablas de pruebas y las espero.

— Mire Vd. el ojal del frac en ese retrato.

— ¿Y qué tiene?

— Nada; la condecoracion que no le han dado á Vd. sino cuando estábamos casados.

El marido no supo que decir, y la otra noche en un círculo de amigos exclamaba suspirando:

— ¿Porqué me habré dejado retratar con la cinta encarnada?

— ¿Porqué te la habrán dado? observó uno de los amigos en un aparte.

Pero si es peligroso regalar retratos, sin duda es algo peor escribir cartas.

Una viuda jóven y bonita, que se ha visto cercada de pretendientes, sin querer conceder á ninguno su blanca mano, se halla en el dia en un estado de salud deplorable. Dotada de un valor, que fué siempre una de las cualidades que mas admiraban en ella sus adoradores, soportó sus padecimientos con firmeza, y considera con una serenidad filosófica el peligro que los médicos no han podido disimularla. Como su difunto la dejó una fortuna regular, y siempre ha

tenido mucha suerte en especulaciones, lo primero que hizo al verse atacada de la cruel enfermedad que la devora, fué arreglar todos sus asuntos, y despues se entregó á las pruebas de la ciencia y á los cuidados de la amistad.

El pretendiente mas tenaz de la viuda y aquel á quien ella ha dispensado mas señales de deferencia en medio de sus desdenes, es un personaje de nombre muy conocido en la política y en las luchas periodísticas. Este personaje, dotado de una grande intemperancia de pluma, la escribió en los tiempos de mas intimidad un crecido número de cartas bastante expansivas, en las cuales trataba de mil asuntos públicos y privados con la fuerza de análisis y el atrevido estilo que aun en su trato familiar afecta nuestro popular periodista.

Un día la interesante enferma, mostrando á su amigo el buen orden y arreglo que habia introducido en sus archivos, llamó su atención hácia un legajo de papeles cubierto con una carpeta sellada de lacre encarnado, sobre la cual se leian estas pocas palabras escritas por la viuda:

« Estos papeles valen veinte mil pesos. »

El amigo se estremeció; su mirada penetrante le habia revelado que aquel precioso legajo estaba formado con sus cartas.

Al precio á que se venden los autógrafos de los contemporáneos famosos y las publicaciones que pueden producir algun escándalo, la correspondencia podia valer en efecto veinte mil pesos para un editor, ó al pormenor podia tambien sacarse esa cantidad, entre los comprometidos y los curiosos, todo esto sin contar lo que valia para el autor, cuyas revelaciones políticas entregadas á la publicidad sabe Dios á loqué le expondrían.

— Es uno de los legados mas importantes de mi sucesion, dijo la enferma, y no dudo que mis herederos dejen de sacar un buen partido.

Desde aquel momento no sosiega, no vive; siempre está al lado de la enferma colmándola de atenciones, de cuidados, de todas las delicadezas que su estado reclama, considerando con un ojo los destrozos que va haciendo la enfermedad y espiando con otro el mueble que encierra el precioso depósito, que es un magnífico armario de palisandro con un soberbio espejo, cuya llave está dentro de una bolsita que la enferma lleva constantemente consigo, colgada de una cadena de oro.

Un rival del afamado periodista que nada puede temer de la publicidad por la sencilla razon de que nada ha escrito, pero que muy celoso siempre de la intimidad de aquel con la viuda, cuando tambien él por su parte habia pensado tener sus razones para creerse preferido, desea obtener de la enferma, sea por herencia ó por donacion intervivos, el legajo de los veinte mil pesos, y hay quien asegura que llevaria su venganza hasta el extremo de hacer pagar los papeles en esa cantidad, bien que en apariencia se diga siempre amigo del periodista.

Este amigo es tan asiduo como el otro; entre los dos tienen sitiada á la enferma, observándola mutuamente, luchando en destreza y hábiles maniobras, espiando un momento propicio, un acceso de generosidad, un instante de olvido, una crisis favorable; y la viuda se aprovecha de esta lucha que la vale una fiel compañía, muchos cuidados tiernos y escenas que la divierten, pues sabe muy bien á que atenerse sobre el afecto singular de sus antiguos pretendientes rechazados en sus pretensiones y que hoy se han vuelto sus mejores amigos.

¿Cómo se concluirá esta comedia? Nos prometemos que llegará á su desenlace natural, esto es, que el legado no será abolido, ni destruido, ni rescatado, y que las preciosas cartas políticas y confidenciales, ó las memorias, si las hay, se echarán á volar impresas por esos mundos. — Será un lance curioso y divertido.

Hace algunas semanas hablamos de una fonda monumental, un establecimiento prodigioso en su género, creado en la prevision del gran número de extranjeros con que se cuenta en Paris para el estío próximo; el establecimiento funciona ya y los parisienses le hacen debidamente los honores mientras van llegando los forasteros. El *Diner de l'Exposition*, que así se llama, ha introducido una innovacion original para llamar al público á sus mesas, que consiste en anunciar los platos cada día, lo mismo que los carteles de teatros anuncian las comedias y sainetes. La innovacion ha tenido imitadores, y es bastante comun oír por las tardes en el boulevard diálogos por el estilo entre dos amigos que acostumbran á comer en la fonda todos los días:

— ¿Dónde vamos hoy?

— No lo sé, todavía no he visto los carteles.

— Pues bien, vamos á consultarlos.

— ¿Sabes lo que hay en el *Diner de Paris*?

— No, pero creo que habrá buena comida en el *Diner de l'Exposition*.

— Veámoslo pues.

Estos anuncios no figuran aun mas que á las puertas de las fondas, pero es probable que no tarden en multiplicarse, y quizás los periódicos concluirán por insertar el programa de las comidas como insertan el de las funciones de teatros. ¿Quién sabe si no se llegará á escribir tambien un folletín gastronómico, dando cuenta bajo el punto de vista del arte de las novedades que se ofrezcan al público? Sin embargo, para completar la semejanza con los teatros falta que los fondistas escriban en gruesos caracteres á la cabeza de sus anuncios los nombres de los cocineros y reposteros que confeccionan los banquetes á tanto por cabeza.

En este país donde la gastronomía es tan exigente vendria muy bien una noticia para llamar la atencion de los aficionados, que dijera lo que sigue:

« La fonda de... acaba de ajustar al célebre N... Todos los platos correrán á cargo de este artista, honrado con los sufragios de muchas córtes extranjeras, y ex-cocinero de Luis Felipe. »

Y no se rian nuestros lectores, pero un cocinero de fama

se paga en Paris casi al nivel de un cantante del Teatro Italiano.

Un conde muy original, muy rico y muy gastrónomo tomaba últimamente á su servicio un nuevo cocinero.

— Le doy á Vd., le dijo, despues de las primeras explicaciones, cuatro mil pesos de sueldo.

El cocinero se inclinó con aire satisfecho.

— Pero con una condicion, repuso el gastrónomo.

— Diga Vd.

— Que pagaré Vd. las visitas de mi médico y la cuenta de mi boticario.

El cocinero manifestó alguna sorpresa al oír esta condicion tan estrambótica, pero el conde continuó diciendo:

— Todas las enfermedades provienen de la cocina, sobre todo para mí que no conozco mas pasion que la de la mesa; consulte Vd. bien la higiene para la preparacion de sus manjares. Sin embargo, deseo alimentarme con esplendidez; estudie Vd., combine, medite y ejecute; su bolsillo me responderá de mi salud.

— Pondré todo lo que pueda de mi parte, respondió el cocinero.

— Pero no es todo aun, añadió el extravagante gastrónomo, yo no quiero engordar ni enflaquecer, y naturalmente Vd. es el responsable; hoy peso cinco arrobas y diez y seis libras, pero si dentro de un año por ahora este peso ha variado en una libra, queda Vd. despedido.

Pero volvamos á la fonda, ya que hemos tocado hoy el capítulo de la gastronomía.

Tres artistas que habian pasado juntos la juventud se hallaban reunidos la otra tarde para solemnizar en un banquete con varios amigos el triunfo reciente de uno de ellos en un teatro de ópera. Hoy son tres hombres de posicion en el mundo, tres hombres muy formales, el uno compone preciosos dibujos que recorren la Europa, el otro bonitas comedias que se traducen y se representan en muchos teatros extranjeros, y el tercero, el héroe de la fiesta, es un compositor bastante afamado en el género cómico.

Mas en el tiempo de su juventud eran tres muchachos tan alegres como pobres, que apenas podían hallar sus medios de existencia dando lecciones, que vivían los tres en la misma guardilla, y por último, que solo poseían para los tres un frac, tres corbatas, cuatro botas y cinco cuellos postizos.

No olvidemos esto de las cuatro botas.

El músico era el solo de los tres que no habia podido hallar ningun discípulo; la hija del portero no habia querido tomar con él sus lecciones de piano, y el sastre del cuarto principal que todo el día estaba rascando el violín de un modo bastante desagradable para los vecinos, despreciaba soberanamente al artista de la guardilla.

El pintor y el poeta, muy al contrario del músico, tenían bastantes lecciones, y desde por la mañana muy temprano se calzaban los dos pares de botas y caminaban por el empedrado de Paris á fin de recoger algunos cuartos todos los meses.

Durante este tiempo, el músico permanecía acostado por tres razones, primera por economizar lumbre, segunda porque carecia de botas, y tercera y última por pereza, pues es de advertir que nuestro artista era un perezoso de primer orden. Ya se ve, ¡se encontraba tan bien en su cama haciendo castillos en el aire! ¡soñaba tan hermosas sinfonías que no escribía nunca!...

— ¡La pereza es el único fin de la vida! exclamaba á menudo. ¡Y con qué calor desarrollaba su aforismo, qué bien sondeaba sus profundidades! ¡cómo se deshacia el pobre mozo en comentarios para justificar su dicho!

¡Júzguese, pues, cuál no seria su desesperacion cuando sus compañeros le anunciaron una noche de invierno que habian encontrado para él dos lecciones lucrativas, pero que era preciso dar la una á las diez y la otra á las once de la mañana!

¡Levantarse á las nueve, horrible perspectiva!

El músico disimuló.

Al llegar el día convenido, sus amigos, siempre muy ocupados, salen tempranito de la guardilla, no sin recomendar á su compañero una escrupulosa exactitud.

En cuanto se fueron, este volvió á dormirse con el sueño del justo, y no se despertó hasta la comida.

Hubo una escena muy reñida.

— Pero no teneis razon para incomodaros, dijo el músico; antes de buscarme lecciones me habriais debido buscar un par de botas.

— Es verdad, responden los dos amigos.

— Y tambien necesito trabillas.

— Es muy justo.

Dos días despues habia junto á la cama del músico un par de botas nuevecitas.

— Hoy no tendrás pretexto para faltar á tu leccion.

— No tengais cuidado, contad conmigo.

Efectivamente el músico en cuanto se quedó solo, se levanta, toma unas tijeras y durante algunos minutos se entrega á una operacion de las mas singulares, despues de lo cual se vuelve á la cama y se pone á roncar como un bienaventurado.

El poeta entró al mediodía.

— ¡Cómo! le dijo, ¿con qué todavía no te has levantado?

— No me ha faltado la voluntad; he hecho lo que he podido y hasta he reparado el olvido de las trabillas que cometisteis, de modo que me he cortado un par, de lo que resulta que no tengo mas que una bota y no he podido salir de casa.

El músico habia hecho trizas una de las botas, y como sus amigos no estaban en posicion de reemplazarla, la leccion no se dió nunca.

Despues el músico alcanzó la fortuna; hoy es afamado, como hemos dicho, honores, riqueza, todo le sonrie.

Quando le recuerdan aquella anécdota de su juventud, responde invariablemente:

— ¿Qué quereis? pienso que aquello fué una inspiracion; conocia que con aquellas botas no podia dar un paso en mi carrera.

Vamos á terminar con un anuncio que hallamos en un diario inglés entre las listas de suscripciones patrióticas en favor de las viudas y huérfanos de la guerra. Dice así:

« Un jóven del condado de Elfort, de un nombre distinguido y de una fortuna proporcionada á su nombre, se propone casarse con la viuda de un oficial subalterno muerto en Alma ó en Inkermann, con tal de que la susodicha mujer no tenga imperfecciones demasiado grandes, ó mas de un hijo. El que suscribe considera esta proposicion como su parte constitutiva en los fondos patrióticos para socorrer á las viudas y huérfanos de los valientes que combaten en la Crimea. Dirigirse en persona, si es posible á la posada del Círculo en Elfort. »

Si el anuncio surte efecto y llega á nuestra noticia, daremos cuenta al lector de este casamiento por patriotismo.

MARIANO URRABIETA.

### La gota de agua.

FÁBULA ÁRABE.

Una gota de agua desprendida  
Desde las nubes á la mar cayó,  
Y al verse entre las olas confundida,  
Avergonzada y trémula exclamó:

« ¿Qué soy, pobre de mí? No valgo nada  
Si me comparo con la inmensidad;  
Hasta la hoja ligera que arrastrada  
Sobre las ondas corre, vale mas. »

Oyó Dios su lamento; protegerla  
Quiso, y en una concha la encerró,  
Y convertida luego en rica perla  
En su corona un rey la colocó.

Esa modestia imitad,  
Porque al hombre necio y vano  
Dios no le tiende la mano;  
Dios eleva á la humildad.

TEODORO GUERRERO.

### Tipos y fisonomías del ejército de Oriente.

M. Durand-Brager, autor de las interesantes comunicaciones y detallados dibujos que hemos publicado hasta hoy sobre la campaña de los aliados en la Crimea, se propone emprender una nueva obra sobre los tipos y fisonomías de los ejércitos de tierra y de mar en Oriente. Como pensamos seguir insertando en nuestras columnas todo lo relativo á la guerra presente con el mismo interés y preferencia con que lo hemos hecho hasta el día, principiarémos por trascribir aquí el programa de M. Durand-Brager sobre la nueva obra que comienza.

Mi lápiz y mi pluma, dice, son ciertamente intérpretes muy pobres en presencia de las grandes cosas que aquí se ven, pero emplearé todos mis recursos para salir adelante en la doble mision de tener al corriente á los lectores, de los incidentes cotidianos relativos á los ejércitos franceses de tierra y de mar, y de las vistas del teatro de la guerra, y procuraré iniciarles, á beneficio de esta nueva publicacion, independiente de la primera, en los detalles de interior, en las escenas y costumbres de la vida de los campamentos, en esos penosos trabajos de sitio y de trincheras, en una palabra, en todo lo que compone en el ejército y la marina, la existencia diaria de cada individuo.

Llevaré á los lectores á las tiendas, á los servicios de toda naturaleza, les haré admirar el valor y la resignacion de estos valientes soldados que despues de haber pasado veintisiete horas de guardia en las trincheras, muy á menudo con un tiempo de nieve y de lluvia, se suelen marchar luego á correr á lo lejos en busca de un poco de leña, ó toman la pala y el azadon para trabajar en las trincheras.

Haré desfilar delante de ellos esos convoyes de enfermos y de heridos, esas largas hileras de carros prolongados, hospitalillos ambulantes, angarillas, etc., y luego verán recuas de mulas cargadas de víveres, de proyectiles y forraje.

Les llevaré despues hácia los hospitales de sangre, tristes receptáculos de las miserias de la guerra, donde habrán de condolerse de los padecimientos del soldado, de su energia, y donde podrán convencerse por sí mismos de los cuidados que se tienen para aliviar en lo posible unos males que son inevitables. Fácil me será conducirlos luego hasta las trincheras mas próximas á la plaza, y allí verán los hombres trabajando en la zapa, los mineros, las baterías, admirarán á los valientes francos tiradores y á los intrépidos exploradores voluntarios que solo se ven de noche y que cuentan los días transcurridos desde su organizacion por otros tantos golpes de mano. Pasaré revista á cada soldado, á cada tipo, y trataré de no olvidar á nadie, pues aquí todo el mundo tiene su mérito y su valor desde el guerrero mas intrépido hasta el último enfermero, y me guardaré muy bien de pasar en silencio los infinitos episodios de la vida militar que he tenido la dicha de ir recogiendo diariamente.

Sabré hacer tambien á nuestra marina la parte de justicia que le toca en esta larga y penosa campaña, pues oficiales y marinos han debido participar no solo de los peligros y cuidados de la guerra sino tambien de las fatigas del campamento, á mas de los riesgos que han sufrido con las tempestades en unas costas ter-



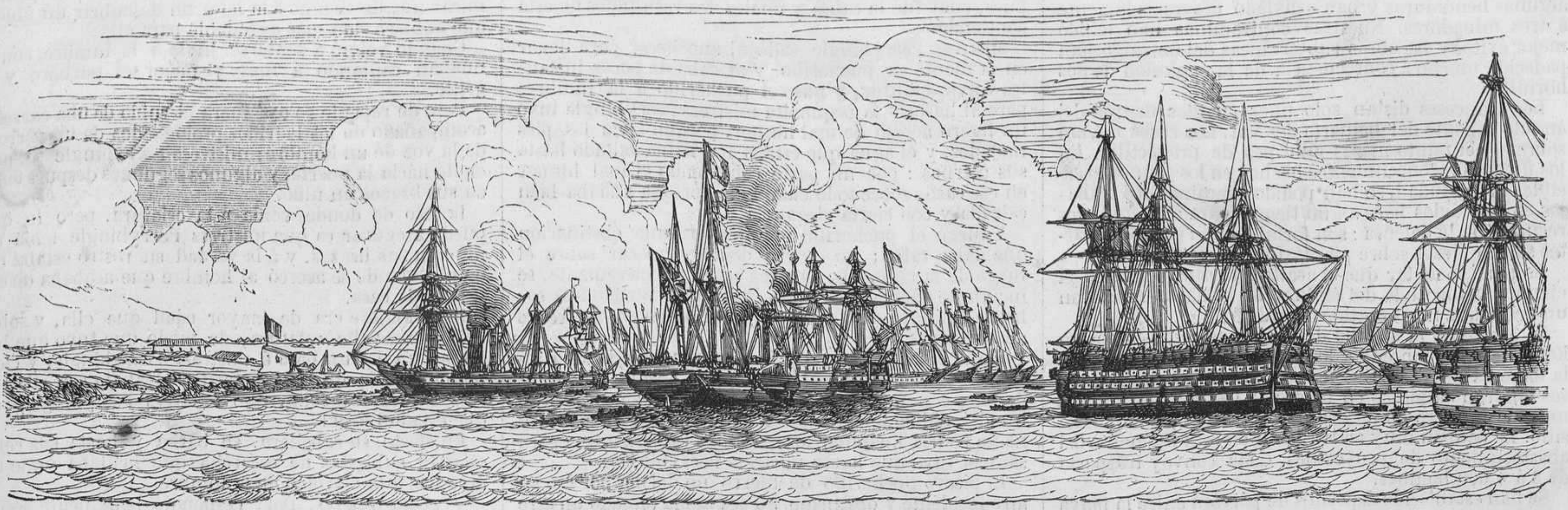
ribles y casi desconocidas hasta el día; hablaré del valor que han necesitado para resistir á las duras tareas de suministrar los víveres al ejército, de transportar soldados y heridos, y por último mostraré también su valentía durante esas crueles epidemias, en las cuales padeciendo ellos mismos lo que padecian, hallaban fuerzas aun para cuidar, consolar y animar á los pobres soldados que transportaban á Constantinopla. Pasando en fin por las numerosas y fuertes baterías de sitio armadas por los marinos y con los cañones de la escuadra, los lectores penetrarán conmigo á bordo de los buques de guerra y podrán estudiar á cada hombre en su faena.

Los ingleses tendrán también su debida parte en esta grande revista.

En suma, no descuidaré nada, no retrocederé ante ninguna pena, fatiga ni peligro, para presentar á los ojos de los lectores las fisonomias de este valiente ejército llamado por el Emperador y la justicia á combatir las pretensiones ambiciosas de la Rusia. Me prometo que en mis dibujos se descubrirá el sentimiento justo de los personajes; en cuanto á mi estilo, como carece de aspiraciones literarias, trataré de contar sencillamente aquello que tenga ya bien visto y estudiado; si mis esfuerzos satisfacen un poco á todo el mundo, me felicitaré de haber llenado en la medida de mis débiles fuerzas, la mision artística que el gobierno del Emperador ha tenido á bien confiarme.—

Hasta aquí el programa de M. Durand-Brager que transcribimos sin ningun comentario; solo añadiremos en conclusion que la obra interesante que en él anuncia y que iremos publicando á medida que sus notas y dibujos lleguen á nuestras manos, ha merecido ya la aprobacion del señor ministro de la Marina, quien se ha dignado patrocinarla.

La guardia imperial en la Crimea.



El vapor, el Ripon en la bahía de Kamiesh, con el primer destacamento de la guardia imperial.

Tenemos noticias de Kamiesh que anuncian la llegada del Ripon con el primer destacamento de la guardia imperial. El Príncipe entró en la bahía de Kamiesh saludado por las aclamaciones de los demás buques de guerra. Llevaba á bordo los ligeros de la guardia imperial cuando pasó cerca del almirante; la música acompañó los hurras de las tripulaciones y de las tropas. El 2 de febrero llegaron los granaderos; su desembarco se operó vivamente, y la brigada de la guardia se halla acampada en la actualidad en Kamiesh en casitas de madera con la forma de tiendas, semejantes á las tiendas levantadas para los almacenes de artillería.

En cuanto á las noticias del sitio son siempre las mismas; actividad y paciencia. Se han levantado seis nuevas baterías á la izquierda de las obras francesas, esto es, delante de la sexta division y del fuerte Genovés, y partiendo de la batería número 4 hasta el fondo de la bahía del Lazareto. La marina suministra casi todas las piezas para estas baterías, y ella las servirá en su



Campamento del brigadier Ulrich y de los ligeros de la guardia, en Kamiesh.



Campamento de los granaderos y de los cazadores de infantería de la guardia imperial, en Kamiesh.

mayor parte. En cuanto llegó la guardia imperial, se empleó inmediatamente en el transporte de proyectiles que se hace por pelotones de mil á dos mil hombres. Cada pieza debe tener una provision de 400 tiros, de modo que habrá municiones para unos cuatro dias.

Estos nuevos trabajos se hacen con el mayor cuidado, y sobre todo con una solidez extraordinaria.

Nuestro corresponsal anuncia que probablemente nada serio tendrá que comunicar ántes del fin de marzo, y nos transmite las siguientes noticias:

Los dos grandes duques, hijos del emperador Nicolás, están de vuelta en Sebastopol; vienen á excitar con su presencia el valor de sus soldados. Parece que la voz de sus sacerdotes no es suficiente. Nosotros nos hallamos preparados para recibirlos.

Los rusos continúan su fuego, pero sin mas éxito que ántes. Ultimamente han descubierto los trabajos de minas ejecutadas por los franceses y han tratado de destruirlos por medio de un hornillo colocado á la inmediacion de los



Soldados de la guardia imperial transportando proyectiles de Kamiesh al parque de artillería.

trabajadores. Pero la galería no ha sido destruida; solo algunos gases deletéreos han pasado al través de algunas hendiduras y han asfixiado desgraciadamente á tres minadores. Nuestras contraminas han tenido mejor éxito, y las obras subterráneas del enemigo han padecido mucho á consecuencia de la explosion de dos hornillos.

Los franceses distan solo unos cuantos metros del ángulo saliente del baluarte del Mat. Los rusos envían sobre aquel punto masas enormes de proyectiles. En los últimos reconocimientos hechos en los puntos accesibles de la ciudad, se han podido examinar los trabajos emprendidos hace algun tiempo para aumentar los recursos de la defensa: son formidables: por todas partes se ven piezas sobre piezas, fosos y terraplenes.

Es preciso contar que el asalto será duro; pero en el ejército nadie duda del éxito, y los soldados muestran un ardor que no es posible descubrir.

El 9 marchó la novena division á las alturas de Inkerman para emprender los trabajos en la direccion de la torre de Malakoff. Cuando se abra el fuego, los franceses tendrán 30 piezas en batería, y los ingleses un poco mas del número de piezas que tenían al principio del sitio. Se ocupan muy activamente en este momento del abastecimiento de proyectiles. Cada convoy transporta de 3 á 4,000 bombas.

Se han establecido depósitos de pólvora entre la playa y las baterías; en fin, todo se prepara para una accion decisiva y muy próxima. El tiempo, mucho menos riguroso, aunque bastante frio, favorece estas disposiciones.

El prodigioso ardor de los aliados parece haber excitado la emulacion de los turcos. El gobierno otomano despliega la mas notable actividad para atender á todos los servicios de su ejército; cada dia se expiden buques al mar Negro con municiones, víveres y provisiones de todas clases. El ejército de Asia no ha sido descuidado: desde hace algun tiempo se han enviado refuerzos considerables, y entre otros el resto del contingente tunecino que estaba aun en Constantinopla y que el 13 se ha embarcado para Batoum.

Cuando sobre la ciudad se lancen las columnas de asalto, el ejército de observacion francés se las habrá con el ejército ruso, é impedirá que vaya al socorro de Sebastopol. Ignórase aun lo que acontecerá: unos dicen que se tomará la plaza, y que luego se batirá al ejército ruso: otros pretenden, por el contrario, que la ciudad se ocupará despues de haber batido al ejército; en fin, se hacen mil conjeturas sobre las operaciones futuras, pero nadie sabe nada de positivo; los generales no dejan traspirar lo que meditan, y tienen con razon ocultos sus proyectos, porque los rusos lo saben todo en seguida.

Ayer he visto desde una corta distancia la ciudad de Sebastopol, que se descubre perfectamente colocándose sobre una eminencia que hay cerca de las baterías inglesas. Desde allí se ve distintamente el puerto, los buques fondeados en él, las iglesias, los cuarteles, etc. La parte Sur de la ciudad está enteramente destruida; la del Oeste se halla tambien bastante deteriorada, el centro está intacto, así como la parte Norte. Parece que se procura conservar estos barrios que son los mejores de la ciudad, nuestros proyectiles podrian muy bien destruirlos.

La ciudad está defendida por una infinidad de fuertes y obras avanzadas, armadas con piezas de artillería formidables. Sebastopol es el Touion de Rusia; su arsenal está provisto de municiones de todas clases. Se cree generalmente que es muy fácil tomar á Sebastopol. Error; el sitio de esta plaza no tiene precedente en la historia.

## El grillo doméstico.

POR CARLOS DICKENS.

### I.

El pucherillo es el que principió; me importa poco lo que dijo mistress Peerybingle, pues yo estoy seguro de que así fué.

Además que aunque mistress Peerybingle discurriera sobre este punto hasta el fin de los siglos, no podria decir quien principió; yo digo que fué el pucherillo, y me parece que debo saberlo como nadie.

El pucherillo principió cinco minutos ántes de que el grillo hubiera dejado oír un solo grito, y sino, ahí está la figurilla del relojito holandés que señala las horas en un rincón del cuarto.

Ahora bien, sostengo que el relojito holandés habia acabado de dar la hora, y que el segador que se columpia convulsivamente encima de él habia segado una gran cantidad de yerba imaginaria ántes de que el grillo hubiese dado la menor señal de vida.

Todo el mundo sabe que no tengo la costumbre de afirmar ninguna cosa sistemáticamente, de modo que por ninguna consideracion querria sostener mi opinion contra la de mistress Peerybingle, si no estuviese seguro, muy seguro de lo que digo. Pero aquí se trata de un hecho, y el hecho es que el pucherillo principió por lo ménos cinco minutos ántes de que el grillo hubiera dado á entender que estaba allí.

Y si alguien me contradijera diria que fueron diez minutos en vez de cinco.

Pero voy á contar la cosa tal como pasó: quizá habria delido comenzar por esto.

Habríase dicho que habia una especie de lucha ó de desafío entre el pucherillo y el insecto; vamos á ver, pues, cuál fué la causa y cuáles los resultados de esta contienda.

Mistress Peerybingle salió al anochecer para llenar en la fuente su pucherillo, y al cabo de pocos instantes volvió á entrar, y puso el pucherillo á la lumbre; pero al hacerle la pequeña mistress Peerybingle tuvo un ligero acceso de mal humor, porque traía los piés mojados, y el agua que estaba fria habia saltado hasta sus piernas: por mi parte comprendo el mal humor en ese caso, sobre todo cuando la persona andaba bien calzada y con cierta elegancia.

Y luego el pucherillo manifestaba una obstinacion que daba rabia; no queria dejarse colocar sobre el fuego de la chimenea en una posicion conveniente, se inclinaba adelante como los borrachos, vertiéndose sobre la lumbre, y silbaba con mucho descaro en frente de las ascuas.

Para colmo de desgracia la tapadera resistiendo á los dedos de mistress Peerybingle, dió media vuelta, y despues con una resolucion digna de mejor causa se hundió oblicuamente hasta el fondo del puchero, y nadie podria imaginar los inauditos esfuerzos que para sacarla tuvo que hacer mistress Peerybingle.

El pícaro pucherillo de hierro no dejaba por eso su aire insolente y obstinado. Su asa habia tomado un aire provocador, y su boca se alzaba con un impertinente desden como diciendo á mistress Peerybingle: No quiero hervir, no quiero.

Vuelta de un acceso de mal humor, mistress Peerybingle se frotó sus manitas regordetas una contra otra, y se sentó delante del puchero sonriéndose.

Entretanto la lumbre ardia alegremente y la llama alumbraba al segadorcillo que parecia entonces inmóvil sobre lo alto del reloj. Sin embargo, se agitaba con mucha frecuencia, y las convulsiones le daban de un modo regular dos veces por segundo, pero sus dolores ofrecian un espectáculo horroroso en el momento en que iba á dar la hora, y cada vibracion de la campana producía en él el efecto de un terremoto.

El pobre segadorcillo solo volvía en sí cuando habia cesado enteramente aquella conmocion violenta, y el ruido de las cuerdas y de las pesas.

Yo comprendo su espanto, porque esos estrepitosos esqueletos de reloj funcionan de una manera muy discordante, al paso que admiro en verdad cómo ha habido criaturas humanas, sobre todo holandeses, que hayan tenido gusto en inventarlos.

En efecto, unánime es la opinion de que las cortas y repletas personas de los holandeses no se hallan bien sino en anchas habitaciones y en vestidos holgados; por esto nos sorprende mucho mas el ver que sus relojes se hallan abrigados tan malamente.

Pero volvamos á nuestro puchero. A fuerza de repetir sus ejercicios musicales, principiaba á sentir en la laringe un embarazo que se manifestaba ya por notas desiguales, apenas articuladas, y que por intervalos degeneraba en un hipo sostenido y monotonó.

Poco á poco no obstante, sus buenos sentimientos se hicieron superiores, y al cabo de dos ó tres tentativas infructuosas para rechazarlos, tomó resueltamente su partido, y alejando de sí toda reserva, soltó un canto mas alegre y mas claro que el del rey de los ruiseñores.

¡Y qué expresivo era aquel canto! En medio de las nubes de ardiente vapor que se escapaban por la chimenea, se lanzaba vivo y ruidoso con la fuerza que le comunicaban unos pulmones de hierro excitados por el fuego.

¡Y para que se vea lo que es el buen ejemplo! La tapadera que ántes se sublevó, principió á ejecutar una especie de acompañamiento y á resonar como un joven platillo sordo y mudo que nunca conoció las caricias de su hermano y compañero.

Sin duda ninguna este canto era una invitacion cordial dirigido á alguien de fuera y dispuesto á entrar en la casa para ocupar un puesto junto á la lumbre.

A lo ménos así lo comprendía mistress Peerybingle en medio de las profundas meditaciones que en aquel instante la absorbían.

— La noche está muy oscura, cantaba el pucherillo, y el camino está sembrado de hojas secas. En el horizonte todo es niebla; los campos están de luto, y el viento sopla melancólicamente por entre los brazos de los árboles desnudos; el agua que cae del cielo está helada... pero ya llega, ya llega...

Y el grillo cantaba tambien haciendo coro, con una voz tan aguda y tan poco proporcionada á su cuerpecillo, que cualquiera se habria maravillado de ver como podia resistir sin estallar en mil añicos como un cañon con mucha carga.

El pucherillo continuaba su solo con un ardor sostenido, pero el grillo principiaba á dominarle; ¡cómo cantaba, Dios mio!...

Su penetrante voz resonaba en toda la casa, y parecia chispear como una estrella en las tinieblas de fuera. Cuando alcanzaba las notas mas altas tenia una vibracion tan prodigiosamente aguda, que se habria dicho inspirada por el entusiasmo.

Sin embargo, las dos voces habian concluido por cantar unisonas como disputándose la victoria.

Despues de haber escuchado este concierto durante algunos instantes, la bonita mistress Peerybingle (pues era joven y bonita) se dirigió hácia la ventana; pero la noche estaba tan cerrada, que no descubrió otra cosa que su imagen reflejada en los vidrios. Es cierto que á

mi parecer (y creo que muchas personas habrian opinado lo mismo) mistress Peerybingle habria podido mirar mucho tiempo á lo lejos sin descubrir un objeto que hubiera sido mas agradable para ella.

Cuando volvió á sentarse junto á la lumbre, continuaban cantando á mas y mejor el puchero y el grillo.

Pero de repente se oyó fuera el ruido de una carreta, acompañado de los ladridos prolongados de un perro y de la voz de un hombre; mistress Peerybingle se precipitó hácia la puerta, y algunos segundos despues tenia en sus brazos un niño.

Ignoro de donde venia esta criatura, pero lo que puedo asegurar es que mistress Peerybingle tenia un niño en sus brazos, y á la verdad su rostro estaba radiante cuando se acercó al hombre que acababa de entrar en la casa.

Este hombre era de mayor edad que ella, y sobre todo de mas alta estatura, de modo que tuvo que bajarse para dar un beso á mistress Peerybingle, y ciertamente valia que se tomaran ese trabajo con ella.

— ¡Dios mio! John, dijo mistress Peerybingle, ¡en qué estado llegas!

En efecto, su cabellera, su barba y hasta sus cejas estaban cubiertas de escarcha que brillaba como un arco iris á la claridad de la lumbre.

— ¿Qué quieres, Dot? respondió lentamente John, al paso que se calentaba las manos y despues de haberse quitado el pañuelo que llevaba rodeado al cuello, ¿qué quieres? como no estamos en verano, no debes extrañarte.

— ¿Y porqué me llamas Dot? Ya sabes que no me gusta eso, John, dijo mistress Peerybingle haciendo una mueca, que por el contrario probaba claramente que la gustaba que la llamaran de aquel modo.

— ¿No es ese tu nombre verdadero? ¿acaso no quiere decir *queridita mia*? repuso John mirándola con una sonrisa de ternura y estrechándola el talle con toda la delicadeza que sus anchas manos podían permitirselo.

John era lo que se llama un buen muchacho, algo tosco en la superficie, ¡pero tan bueno en el fondo! ¡Oh madre naturaleza! da á tus hijos la verdadera poesia del corazon tal como la impregnaste en el alma de aquel pobre ordinario; (John ejercía este modesto oficio), da á tus hijos la verdadera poesia del corazon, y les dejaremos con gusto que hablen y vivan prosáicamente á su capricho.

Era una gran satisfaccion el ver como Dot tenia en sus brazos al pequeñuelo que la sonreía. Dot parecia sumergida en un éxtasis de cariño, y su encantadora cabecita graciosamente inclinada se apoyaba con un abandono de una adorable coquetería sobre el ancho y vigoroso busto del ordinario.

Era tambien mucha satisfaccion el ver al ordinario haciendo esfuerzos con una tierna torpeza para prestar el rudo apoyo de su persona á la joven y fresca mujercita.

A pocos pasos detrás de ellos estaba su criada Tilly con la boca y los ojos abiertos, absorta en la contemplacion del grupo, y esperando á que le devolvieran el niño.

— ¡Qué hermoso es! ¡no es verdad, John! exclamó Dot.

— Hermoso como un ángel, contestó el ordinario haciendo el ademan de acariciar al niño, pero retiró bruscamente su mano como si hubiera temido dañar á la delicada criatura, y luego bajándose casi sobre sus rodillas se puso á considerarla á cierta distancia con una especie de orgullo mezclado de cortedad.

— Casi siempre está durmiendo, ¿no es verdad, Dot? repuso John.

— Sin duda hablas así de broma, contestó la joven.

— ¡Hum! ¡hum! exclamó el ordinario con tanta fuerza que el niño se despertó súbitamente.

— ¡Dios mio! ¿porqué le asustas así, John? ¿qué placer encuentras en eso?

— Pero ya ves como él no se asusta, respondió el ordinario con sorpresa. Mira, abre los ojos bostezando como un pececillo de oro.

— En verdad, no eres digno de ser padre, repuso Dot con la dignidad de una matrona experimentada; ni siquiera sabes que los niños tienen tambien sus dolores, ¡ignorante! continuó riéndose y tirando á su marido de la oreja.

— Tienes razon, dijo John, quitándose el capote, tienes razon, Dot; el hecho es que sobre ese capitulo me hacen falta muchas lecciones; pero lo que sé muy bien es que he tenido que luchar furiosamente esta noche con el viento Noroeste que en todo el camino no ha dejado de soplar un instante en mi carreta.

— Pobre hombre, tiene razon, exclamó mistress Peerybingle, á quien estas palabras devolvieron toda su actividad inmediatamente.

— Tilly, toma el niño, que voy á hacer el té. John, cuando haya concluido te ayudaré á poner en orden tus envoltorios, trabajaré como una abeja.

John encendió la linterna y salió á ver si el mozo habia tenido cuidado del caballo, enorme y macizo animal cuya fecha de nacimiento se perdía en las nieblas de los tiempos antiguos. Boxer, el perro de la casa, comprendiendo que toda la familia tenia derecho á una parte igual de sus atenciones, corria como un loco por todas partes saliendo y entrando, despues de haber dado cuatro vueltas y cuatro ladridos en torno del caballo que estaban atando á la puerta de la cuadra. Boxer estaba ebrio de alegría. Ora fingia precipitarse con un furor irresistible sobre su ama, y se detenía

bruscamente con aire inteligente y sardónico, ora iba á provocar á Tilly Slowbay sentada en una silla baja junto á la lumbre, y aplicaba de pronto su hocico helado sobre el rostro de la pobre muchacha que lanzaba gritos agudos; pero un instante despues se tendia cómodamente delante de la chimenea, y se habria dicho que pensaba pasar allí la noche si dos segundos despues no se levantara con mucha prisa como acordándose de pronto de algun negocio urgente.

— Aquí está el té, dijo Dot acercándose á la mesa, con el jamon, la manteca y el pan, nada falta. — Buen John, ¿dónde estás? — Tilly, si no tienes cuidado vas á dejar caer al niño.

A despecho del aire de mal humor con que recibió Tilly esta advertencia, bueno es decir que se hallaba dotada de un raro talento para hacer llorar al niño, cuya existencia habia puesto en peligro mas de veinte veces.

Tilly era una muchacha muy flaca y muy derecha hasta el punto de que sus vestidos amenazaban escurrirse á cada momento de los hombros escuálidos donde se sostenian.

Su traje se hacia notar siempre por alguna prenda de franela toscamente cortada, y por una especie de corpiño verdoso muy rapado. Sumergida incesantemente en una admiración de lugareña á la vista del menor objeto, y absorta por otra parte en la contemplación perpetua de las perfecciones de su ama y del niño, Tilly con todos sus errores de inteligencia daba pruebas de buen corazon que rescataban seguramente los descuidos de que con mucha frecuencia era víctima el pequeñuelo, como lo atestiguan las muchas señales que habian dejado en él los tropezones con puertas, armarios y otros cuerpos extraños.

Por eso Tilly Slowbay no podia cansarse de admirar la benevolencia de que era objeto por parte de sus amos, que eran como sus padres, pues la pobre muchacha habia sido educada por la caridad pública en los Expósitos.

Mistress Peerybingle no tardó mucho en entrar con su marido á quien ayudaba, ó así lo parecia, á transportar los bulios de que estaba cargada la carreta. John aplaudia los esfuerzos de su mujer, y habriase dicho que el grillo por su parte la ayudaba con su voz chillona.

— El grillo está esta noche mas alegre que unas pasucas, dijo John echando una mirada á la chimenea.

— Y es buena señal, John; su voz nos ha anunciado siempre algo dichoso.

John se sonrió con aire de aprobacion, pero sin manifestar de otro modo su pensamiento.

— La primera vez que le oí cantar, John, fué aquella noche que me trajiste á esta casa donde ahora soy el ama; hace cosa de un año, ¿te acuerdas, John?

John se acordaba perfectamente.

(Se continuará.)

## Recuerdos del viaje á la Palestina de M. de Sauley.

SARCÓFAGO DE DAVID.—EXPLORACION DEL MAR MUERTO.

Los estudios históricos mas notables y fecundos sobre la antigüedad sagrada ó profana, son incontestablemente aquellos que resultan de las exploraciones hechas por el autor sobre los mismos lugares. La mayor parte de los sabios privilegiados prefieren dilucidar con calma en su despacho las peligrosas investigaciones de los jornaleros de la ciencia, ántes que correr ellos mismos los riesgos por que hay que pasar para hacerse cargo de los lugares y de los monumentos. Sin embargo, existen honrosas excepciones, entre las cuales citarémos á M. de Sauley, cuyo viaje á la Palestina ha llamado la atención de todo el mundo.

Desde sus primeros pasos en la tierra santa, en una ciudad que frecuentan todos los años piadosos peregrinos, en Jerusalem, M. de Sauley ha hecho descubrimientos importantes; se ha traído un monumento único, de un interés inmenso para el arte y para la ciencia, que hoy figura en el Museo del Louvre, y es un sarcófago procedente del sepulcro de los reyes de Judá, el mismo que segun las pruebas acumuladas por el viajero, debió contener los despojos del santo rey David.

Cerca de Jerusalem, á unos 600 metros de la puerta de Damasco, á la derecha de la calle de Naplusa, se ve en medio de un sitio desolado una cueva sepulcral conocida con el nombre de *Kobur el Salathin*, *Kobur el Meluk*, ó Sepulcros de los Reyes. Esta tumba se halla abierta en la roca con un arte notable; su aspecto sencillo y grandioso presenta las principales líneas de los monumentos griegos; su corte y distribución se asemejan á las hipogeas egipcias, pero tiene un carácter particular que no es griego ni egipcio; es una arquitectura híbrida que recuerda evidentemente las copias hechas de diversos países por un pueblo muerto ántes de haber llegado á su virilidad, ántes de haber desarrollado toda su individualidad propia.

La fachada cuya vista damos aquí se componia de dos columnas, hoy rotas, y de dos pilastras encajonadas en las paredes laterales de la roca. A lo largo de la arquitrabe corre una rica guirnalda de hojas, de frutas y piñas que cae en ángulo recto por cada lado de esa entrada, formando su ornamento. El entablamen-

to presenta además un friso largo en cuyo centro hay un racimo de uvas, emblema de la tierra prometida; á cada lado se ve simétricamente una corona, luego un florón de triple palma, y por último hay varios triglifos alternando con pateras repetidas tres veces. Encima de este friso comienza una hermosa cornisa formada de varias molduras elegantes y variadas que se elevan hasta lo alto de la roca.

La puerta de entrada de estos sepulcros desemboca sobre un pozo muy hondo, hoy cegado, que se abrió para que quedara en él sumergido el temerario que se hubiera atrevido á profanar este último asilo de los reyes de Judá. El plano se hallaba cerrado por una puerta maciza de piedra que se podia abrir por fuera del monumento, á beneficio de un mecanismo sencillo é ingenioso, pero que era imposible hacer mover por dentro, para indicar que ahí solo podia habitar la muerte. El vano da sobre un vestíbulo cuadrado donde hay tres puertas para entrar en tres cuevas sepulcrales; la primera encierra seis nichos para los féretros que en su extremo mas recóndito presentan un espacio cuadrado que debia cerrar el sarcófago, y que probablemente estaba hecho para guardar los objetos mas preciosos. A la derecha una abertura bien disimulada conduce por un corredor inclinado á una cueva sepulcral mas baja que las otras; á ella parece subordinado todo el monumento, pues ocupa en él el puesto de honor que parece fué reservado á David.

Esta cueva contiene un sarcófago cuya parte superior de un trabajo magnífico fué traída á Francia como hemos dicho, por M. de Sauley, quien logró apoderarse de ella, ayudado por sus compañeros de viaje M. E. Defessert y M. Michon.

La tapa se divide en cinco bandas longitudinales, adornadas con follajes que representan alternativamente hojas de para y racimos, granadas, hojas de encina y bellotas, piñas y guirnalda de olivo. Todos los adornos emblemáticos de que está cubierto este sarcófago están tomados del reino vegetal, segun la ley judía, y son los mismos que menciona la Biblia cuando describe los ornamentos del célebre templo de Salomon.

La tapa de este sarcófago está rota en dos partes, y aunque le falta una de sus extremidades, tiene sin embargo en el dia dos metros de larga. La piedra de que se compone es una especie de pedernal sumamente duro que ha debido hacer muy difícil el trabajo de los ornatos. Los follajes, las palmas, las flores y las frutas, toda su cinceladura tan delicada se ejecutó por medio del cincel; es el único monumento que poseemos del arte judío, y el único que hay en Europa hecho con tal cuidado y en tan grande escala. Gracias á M. de Sauley cada cual puede estudiar ahora el estado de las artes y del estilo de los hebreos en el templo de David.

Las demás cuevas sepulcrales de Kobur el-Meluk, contienen la una nueve tumbas y la otra seis. Por la primera de estas cuevas se baja á una sala inferior que ha debido contener el cuerpo de Ezequías, que restableció el culto de Dios verdadero y derrotó á los filisteos. Todas las tumbas acabadas corresponden á los reyes de Judá que la Biblia nos enseña fueron enterrados en esa sepultura de familia. Además de David y Ezequías, fueron sepultados allí Salomon Roboam, Abias, Asa, Josafat, Ochozías, Amazías, Joatam y el sumo sacerdote Joad; cada sepulcro que está por concluir corresponde á un rey que no fué inhumado en la sepultura de sus padres; los unos llevados en cautiverio á Babilonia ó á Egipto murieron allí, y los otros recibieron una sepultura patriarcal como Manasses y Amon. En cuanto á la usurpadora Atalia, no fué sepultada entre los príncipes cuya raza habia querido exterminar.

Tal es el precioso monumento que M. de Sauley nos ha dado á conocer por primera vez con todos sus pormenores.

Los descubrimientos que el sabio académico hizo en su viaje al mar Muerto no son menos interesantes y han adquirido hoy una celebridad muy justa. Los peligros que presentaba esta excursión habian desanimado á los exploradores mas intrépidos; pero M. de Sauley, hombre de acción y de ciencia al mismo tiempo, se decidió á visitar esas riberas y cumplió su propósito á despecho de todos los peligros, registrando bien los lugares, y con ayuda de los textos bíblicos y de la tradición árabe, ha encontrado los restos de Sodoma de Gomorra y de las demás ciudades de la Pentápolis cuyas ruinas ha dibujado como un arqueólogo consumado. Sobre la existencia del mar Muerto, sobre el valle que le rodea, la constitucion geológica de sus montañas, la naturaleza de sus aguas y el curso del Jordan ha reunido detalles tan precisos, explicaciones tan evidentes, dibujos tan auténticos que seria hoy de todo punto imposible el poner en duda sus ideas y descubrimientos.

El primer aspecto del mar Muerto, al que llegaron por el valle del Cedron M. de Sauley y sus compañeros les causó una agradable sorpresa. Una vegetación maravillosa, un verdadero bosque de cañas de veinte pies de altura, patos y pájaros que volaban y nadaban sobre aquel lago maldito, fué lo primero que llamó su atención; mas luego acercándose á la orilla sembrada de pedruzcos de azufre, recogieron un pececillo muerto llevado por el Jordan al mar Asfaltites, cuyas aguas no encierran un sér vivo. De este modo se hicieron cargo tambien de la depresión increíble del nivel del mar Muerto bajo el nivel del Mediterráneo. Esta depresión calculada por M. de Berton por medio de observaciones barométricas resulta ser de mas de 400 metros. El agua es de una claridad extraordinaria, pero muy salada y amarga al mismo tiempo; hay en ella una porción de

sales en disolución, y el fondo del lago presenta una capa cristalizada.

Siguiendo las orillas de la mar encontraron sucesivamente cañaverales, tamarindos y muchas sensitivas donde gorgaban millares de pajarillos; luego vieron llanuras áridas, abrasadas y desiertas, y en seguida caminaron con mucho trabajo sobre los flancos de unas colinas formadas de rocas calcinadas que representaban los montones de piedras que lanza una mina, convergentes á un punto lejano donde se hallaba el cráter de un volcan apagado. — Cuando llegaron cerca de *Aya Djedy* que conserva el origen evidente del nombre bíblico de Eugaddi reconocieron las ruinas de una ciudad considerable cerca de las orillas de un arroyuelo donde crecian hermosos árboles. Allí vieron por primera vez aquellas frutas cuya estructura ha dado lugar á las famosas manzanas de Sodoma, frutos malditos que se desvanecian en ceniza y humo en cuanto los tocaban. Estas manzanas pertenecen á dos plantas diferentes: la una, la *Asolepias procera* da una fruta que los árabes llaman *Bortu-Kan-esdum*, naranja de Sodoma; cuando está madura se abre así que la aprietan entre los dedos, y salen una infinidad de semillas con unos penachitos sedosos que vuelan como humo. La otra planta es una magnífica solanácea de flores rosadas cuyas manzanas cuando se abren esparcen una porción de semillas negruzcas y muy finas que parecen ceniza.

De Aya Djedy llegaron á *Massada*, esa última trinchera de la independencia judáica, pasando por una llanura cubierta de montecillos de ceniza abiertos por los torrentes del invierno. Allí reconocieron muchos cráteres bien caracterizados y una ancha corriente de lava; luego descansaron en *Maiet-Embarrehg*, donde se ven aun ruinas considerables y un castillejo romano bien conservado, junto á una hondonada muy hermosa, cuya abundante vegetación formaba un contraste con el país desolado que acababan de recorrer.

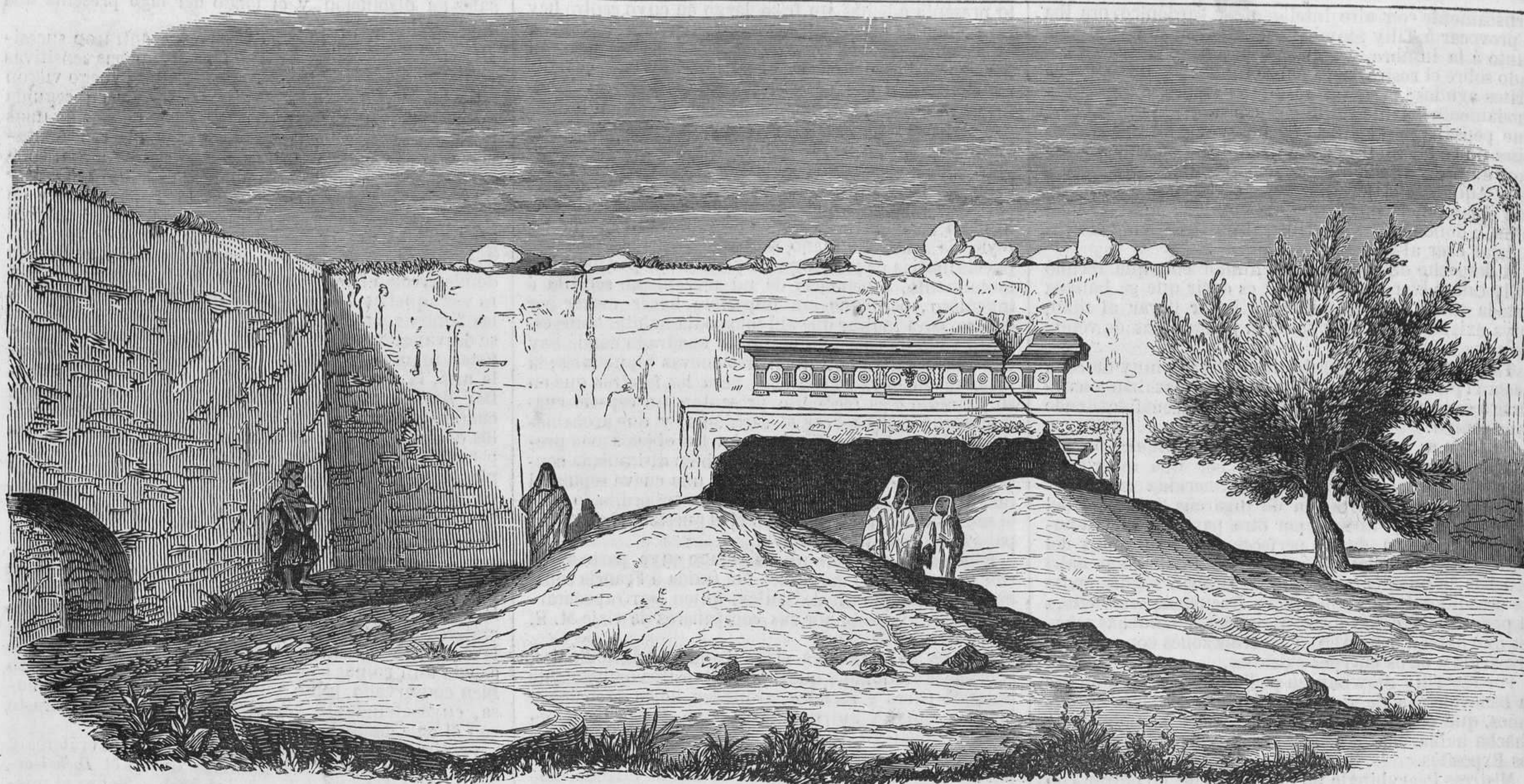
Prosiguiendo su camino examinaron otros cráteres y llegaron á la falda de la montaña de sal el *Djebel-esdum-melkeh* ó *Djebel-esdum* de los árabes. Sobre el mismo flanco de la roca salina se ven aun las ruinas de una ciudad inmensa que los nómadas llaman *Kherbet-Esdum*; es Sodoma. Mas allá, sobre el flanco de la montaña de sal, al Noroeste, se encuentran las ruinas de *Zoar*, la Segor de la Biblia. Esa montaña de sal tiene tres leguas de larga, una de ancha, y mas de cien metros de altura; una inmensidad de escombros corroidos por los siglos, algunos pedazos de muros gigantescos envueltos en la escoria y la ceniza, tal es hoy Sodoma.

El recuerdo de la destruccion de las ciudades de la Pentápolis se ha conservado hasta ahora entre los habitantes de las comarcas próximas al mar Muerto, llamado la *mar de Lot*. Las leyendas árabes cuentan de este modo la destruccion de las ciudades malditas. Estas ciudades destruidas, tenían una inmensa población entregada á todos los vicios infames; Dios les envió el profeta Lot, cuya palabra fué desdeñada, y entonces el Eterno hizo caer sobre las ciudades doblemente culpables una lluvia de fuego que las dejó completamente arruinadas. Los ángeles encargados de este castigo metieron sus alas bajo las partes mas profundas de estas ciudades, y las alzaron al cielo de este mundo, hasta tan alto, que en el cielo superior se oyó el canto de sus gallos y los ladridos de sus perros. Desde esa altura incalculable los ángeles dejaron caer revueltas las ciudades malditas. — En el momento de su caída, la mujer de Lot que se volvia con su marido, oyendo un estrépito espantoso, se volvió y vió de lejos el castigo de Sodoma donde tenia algunos amigos: — ¡Oh desgraciados! exclamó, y por esto se quedó convertida en piedra.

La playa que domina la montaña de sal es muy peligrosa á causa de la naturaleza del terreno que la constituye. A veces la arena impregnada de sal, en cuanto se halla mojada por las lluvias pierde toda su consistencia y se hunde bajo los pasos; entonces no hay salvación posible; el viajero se hunde en abismos sin fondo donde muere ahogado. — A la vuelta nuestros descubridores estuvieron para ser víctimas de su amor á la ciencia.

La *Sabkhal* es una llanura fangosa y sin vegetación que cubre la punta Sur del mar Muerto. Siete corrientes de agua considerables, entre las cuales hay una casi comparable al Jordan surcan esta llanura húmeda limitada por unos cañaverales gigantescos, á cuya salida se encuentra un verdadero bosque tropical con sus panteras y sus bonitos pájaros. Nuestros viajeros atravesaron unas ruinas como las de Sodoma; eran las de *Seboim*, otra de las ciudades pentapolitanas. De allí penetraron en el país de Moab, donde visitaron ruinas de ciudades destruidas con trozos de lava, las cuales cubren por decirlo así, todas las vertientes de los valles; casi siempre se va de una ruina á otra por anchos caminos encerrados entre montañas de lava. En una de estas ruinas descubrieron capiteles con volutas, tipos de orden jónico, y luego un soberbio bajo-relieve de lava representando un rey moabita dando una lanzada, preciosa muestra de un arte muy adelantado y enteramente desconocido hasta el dia. En la punta Norte visitaron *Schiban*, ruina aislada sobre un promontorio que domina el llano, y cuyo nombre recuerda sin alteración el del rey de Bassan que fué el conquistador de los moabitas. La llanura está muy bien cultivada, y el suelo es de tal naturaleza, que promete ricos productos.

Entre *Schiban* y *Rabba*, M. de Sauley y sus compañeros visitaron las ruinas de un templo magnífico dedi-



Entrada de los sepulcros de los reyes de Juda.

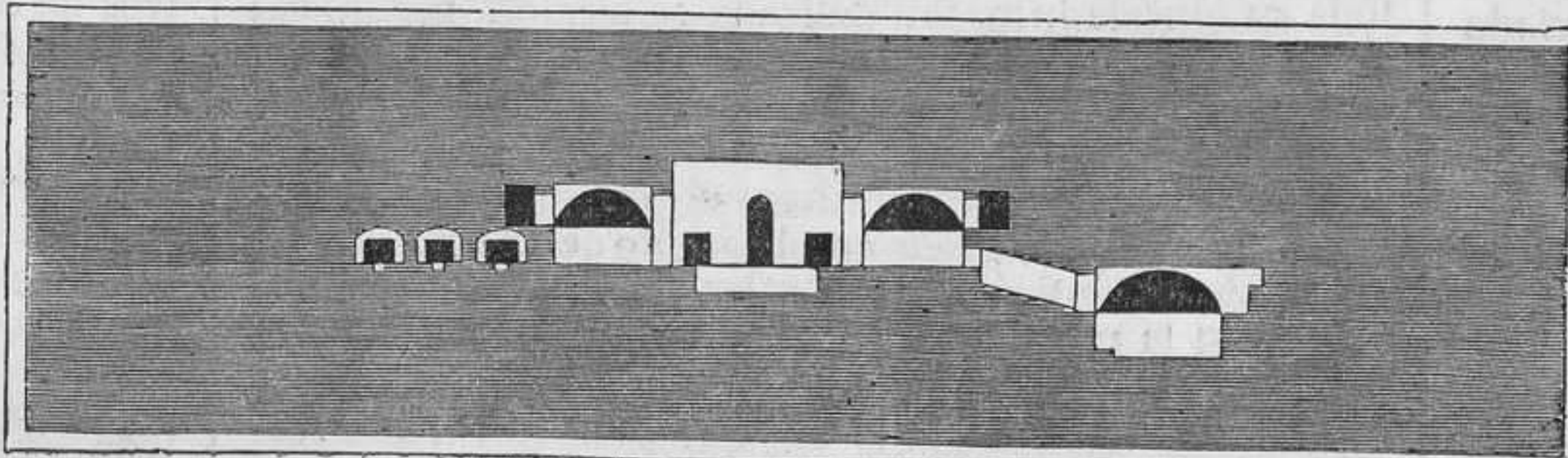
cado al sol en la época romana; se halla construido sobre los restos de un templo moabita edificado con trozos de lava. Las ruinas de Rabba son muy grandes, muy imponentes todavía, y cada piedra manifiesta por su posición la verdadera causa del abandono de la ciudad, esto es, las catástrofes de terremotos y erupciones volcánicas que destruyeron las ciudades de la Pentápolis.

Nuestros viajeros pasaron después á *El-Kavak* el Krak de Montreal de las cruzadas, y el puesto avanzado de la cristiandad hacía los desiertos de la Arabia hebrea. Allí les esperaban las pruebas mas terribles de su viaje, cuyas tribulaciones hemos suprimido en este extracto. Subiendo hacía el Norte, M.<sup>de</sup> Saulcy y sus compañeros visitaron muchas localidades bíblicas, y entre otras *Adama*, cuya catástrofe y nombre permanecen grabados en la memoria de los árabes. Luego vieron *Gars-Hadjlah*, convento ruinoso de la época de las cruzadas, cuyos muros se hallan cubiertos de pintura del siglo XIII. A la extremidad septentrional del mar

Muerto reconocieron un islote cubierto de escombros que llaman los árabes *Pedjom-Loth*, el monton de Loth. Por fin, siguiendo la playa atravesaron un ancho cráter

Aquí se termina este hermoso viaje; reasumamos en los términos de M. de Saulcy los hechos que resultan de esta excursión por las orillas del mar Muerto:

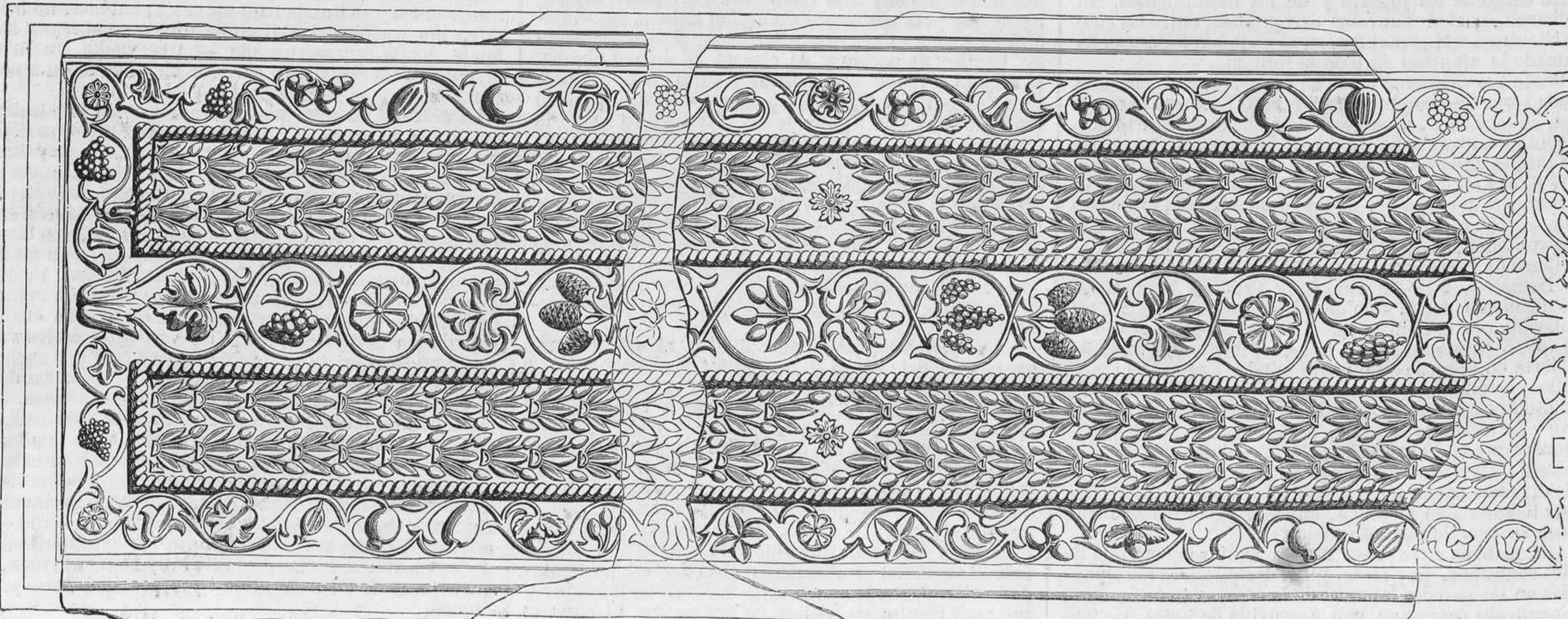
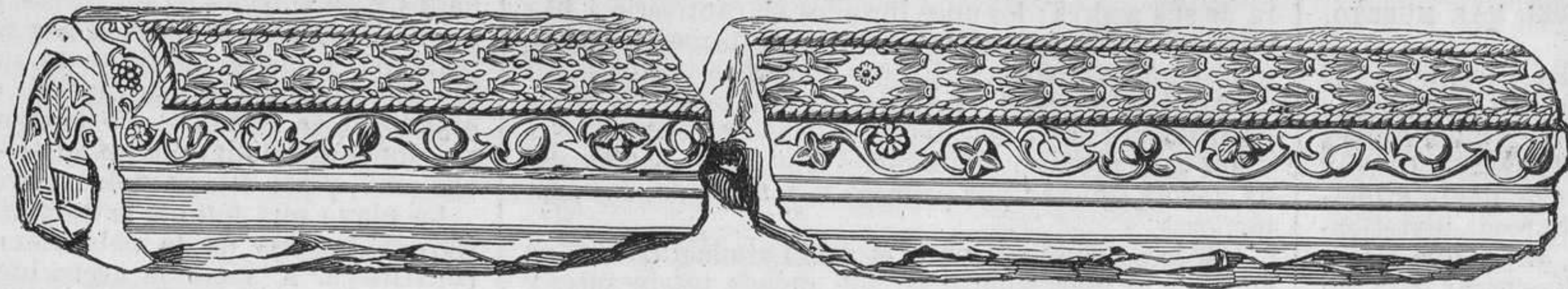
«Grandes corrientes de agua bajan del Sur al Norte y en sentido inverso del Jordan, para arrojarse en el mar Muerto, que los árabes llaman el mar de Loth, de modo que este lago ha existido siempre. Además, la Biblia se explica muy claro sobre este punto, y creemos que será imposible hallar un solo pasaje de los textos sagrados que pudiese dar margen á creer que las ciudades de la Pentápolis fueron sumergidas en el mar Muerto, que de repente habria inundado el valle de Sittim. El agua de este lago tiene un gusto detestable, però es muy límpida; en ella se cristalizan las materias salinas naturalmente. Ningun animal puede vivir allí, y cuantas conchas han podido hallar los viajeros en sus orillas provienen ciertamente de las melnopsidas que pululan en todas las fuentes de aquellas riberas. Se encuentran sobre la playa pedazos de he-



Corte.

á cuyo pié hay unas ruinas considerables, que los beduinos llaman la *Kerbet-Gumran*; son los vestigios de Gomorra destruida por la cólera celeste.

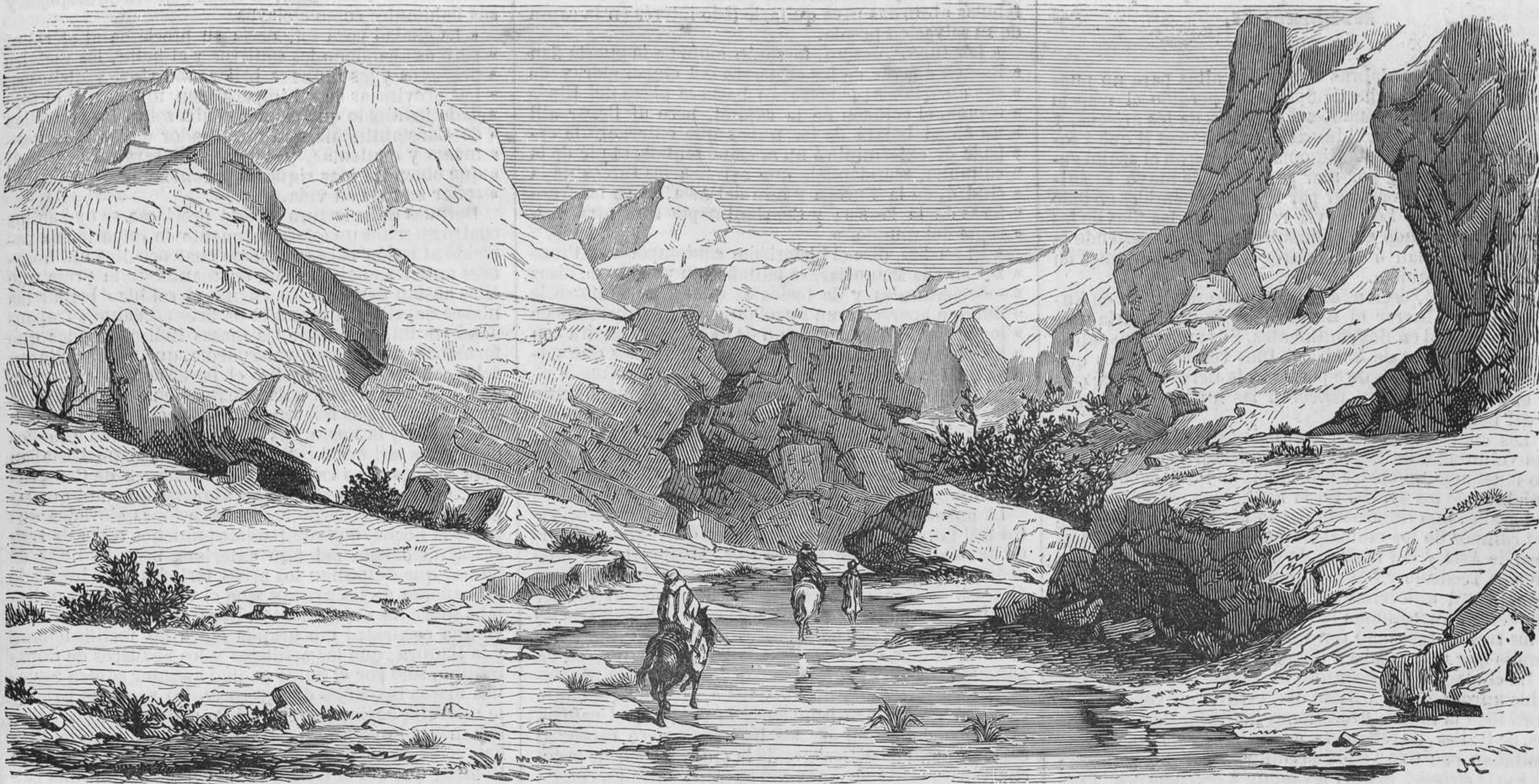
ros en sus orillas provienen ciertamente de las melnopsidas que pululan en todas las fuentes de aquellas riberas. Se encuentran sobre la playa pedazos de he-



RACINET

Sarcófago del Sepulcro de David.





Uad de la orilla oriental del mar Muerto.

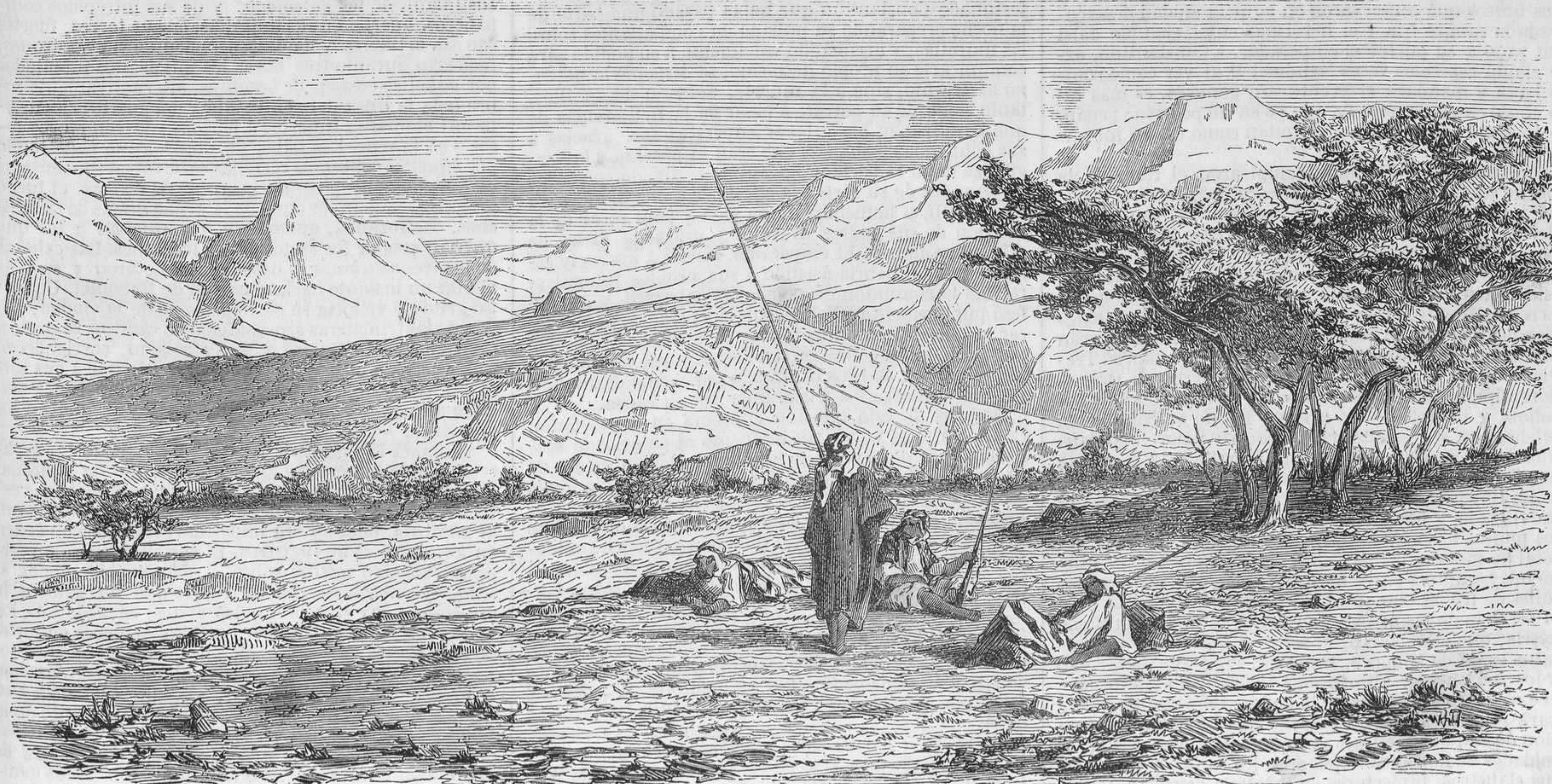
tun y de azufre, pero los primeros son de la cordillera calcárea betuminosa de la orilla oriental, y los otros se encuentran en los montecillos de cenizas volcánicas acumuladas sobre muchos puntos en la costa y en las cercanías de algun cráter. Cada una de las ciudades de la Pentápolis ha dejado ruinas evidentes á las que los árabes aplican sus propios nombres bíblicos casi sin alteración; cada una de estas ciudades se halla dominada por un cráter, y todos estos volcanes son modernos, geológicamente hablando, esto es, de la época histórica. La vegetación de las orillas del mar Muerto es admirable, y á menudo se encuentra un poco de agua dulce. Léjos de



Las montañas de sal.

perecer asfixiadas las aves acuáticas por las emanaciones del lago, nadan en él muy á su gusto; en fin, el supuesto pilar de sal señalado por algunos viajeros no es otra cosa que una de las rocas de sal gema, que las lluvias desprenden incesantemente de la masa del Djebel-Meleh.»

La horrorosa catástrofe que destruyó cinco ciudades poderosas, criminales entre todas las ciudades, Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Segor es hoy un hecho incontestable. La religión nada tenía que temer de las investigaciones de la ciencia, pero esta nueva exploración es hoy tanto mas preciosa cuanto que confirma todas las verdades de la Biblia.



Entrada del Uad-Katzalbbah.

## La toma de Constantinopla por Mahomet II.

(Conclusion.)

Estas nobles palabras demasiado altas para un pueblo que hacia mucho tiempo habia perdido el respeto de sí mismo, mal sonantes á los oídos de los griegos, y mal escuchadas por el impaciente Mahomet II que á toda costa queria Constantinopla, decidieron el asalto general por tierra y por mar para el 29 de mayo. El sultan le mandó proclamar por medio de heraldos en todo el campamento. Los dervis recorrieron las filas de las tropas, arengando á los musulmanes y prometiendo la victoria de Allah ó el martirio á sus combatientes en nombre del profeta.

« Era aquel, decian, el último paso del Islam en Europa para barrer el último foco de la idolatría y de la impiedad en dos continentes. Sus arcos y sus sables eran los rayos de Allah, el Dios verdadero. Los que vanzan en su nombre poseerán la tierra; los que caen en su nombre poseerán las huris y las fuentes del paraíso. »

Los cuatrocientos mil combatientes disciplinados á las voluntades de Mahomet, se inflamaron con un nuevo fanatismo, al oír las proclamas de los heraldos y las palabras de los dervis. En la noche que precedió al día del asalto, una iluminacion general alumbró de repente los campos de los otomanos desde las colinas del Bósforo de Asia y del Bósforo de Europa, hasta las colinas de San Teodosio y hasta el mar de Mármara. Cuatrocientas mil antorchas de pino resinoso y millares de hogueras ardieron toda la noche, enrojeciendo el cielo y los tres mares como con un reflejo anticipado del incendio que amenazaba á Constantinopla.

La ciudad de Constantino iluminada por aquella terrible aurora de su último día, estuvo en vela; rezó y lloró toda la noche. Procesiones incesantes de sacerdotes, de frailes, de religiosas, de mujeres y de pueblo que cantaban con una voz interrumpida por los sollozos: « ¡Kyrie eleison! Señor, levántate á defendernos, » recorrian todos los barrios de la ciudad, dirigiéndose á la Acrópolis para implorar allí á la Virgen milagrosa, á quien apelaba aquel pueblo enervado en vez de fiarse en su valor. Pegábanse golpes de pecho á los pies de su imagen, y confesaban sus pecados en alta voz para obtener su perdon; pero nadie confesaba su cobardía, ese crimen sin remision de un pueblo sin patriotismo.

La ciudad toda corria á los altares; solo el emperador con sus escasos soldados corrian á las armas. Constantino que andaba siempre alerta para que se guardaran las murallas, mientras sus habitantes abandonaban las puertas para precipitarse en los templos, se encontró las brechas abandonadas á las sorpresas nocturnas del enemigo, y riñendo á los cobardes, los reemplazó sobre las murallas. Justiniani que le acompañaba por todas partes, reparó las puertas y las torres con sus restos derruidos por los cañonazos; en una noche abrió con sus soldados italianos un segundo foso en frente del primero, medio cegado ya por las demoliciones de las torres de la puerta San Roman, y como el gran almirante de los griegos, Notaras, le negara cañones para defender ese segundo foso, Justiniani injurió al gran almirante, que á su vez injurió tambien al general de los italianos. Constantino deplorando esa discusion fatal entre los últimos defensores de sus ruinas, se arrojó en medio de ellos, y con su elocuencia los obligó á reconciliarse ante el peligro.

Justiniani y ocho ó diez caballeros de Italia fueron los únicos que conservaron en aquella ciudad desesperada la sangre fria y el heroísmo cuyo ejemplo daba en vano á su pueblo el emperador. « Constantino, exclamó repetidas veces Mahomet II al ver como combatia y mandaba el aventurero genovés, es mas dichoso en su decadencia que yo en mi poderío; ¡cuánto daría yo por tener un capitán como ese en mi imperio! »

Constantino y Justiniani emplearon el resto de la noche en cubrir con sus últimos combatientes el pie de las murallas, la almenada cúspide de las torres y el declive de las brechas. Cada uno de esos puestos tenia bajo su mando general, un jefe especial responsable del trecho que defendian sus soldados. El cardenal ruso Isidoro tenia á su cargo la puerta del anfiteatro de los Lercos; Minotto, el enviado de Venecia, el recinto exterior del palacio de Blakernes; Lucas Notaras el gran almirante, las murallas que dan al puerto; Gabriel Treviani, la de la Acrópolis que da al Cuerno de Oro; el florentino Juliani, el palacio de las Siete Torres ó de Bucolion, y un solo oficial griego, Teófilo Paleólogo, tan célebre por sus escritos como por su valor, mandaba una de las divisiones del recinto contiguo á la puerta San Roman. Su hermano, Demetrio Paleólogo, de la familia imperial, se hallaba á la cabeza de una reserva movilizada y escogida para poder volar al socorro de los puntos forzados ó diezmados durante el asalto. El total de todos aquellos combatientes no pasaba de nueve mil hombres, entre los que habian alistado algunos miles de frailes mas aptos para la supersticion que para el servicio de las armas. La estatua de la Virgen Hodegetria, que ellos colocaron sobre el pedestal de una estatua caída de Minerva, Embasia, era á sus ojos, como á los del pueblo, alimentado de ideas sobrenaturales, el verdadero palladium de la patria. Constantino no era para ellos mas que un soldado que buscaba la salvacion de su pueblo en un valor inútil, y los verdaderos soldados de Constantinopla eran los santos y santas de sus claustros, protectores de la iglesia ortodoxa. Domi-

nados por estos sentimientos predicaban al pueblo mil fábulas absurdas para quitarle todo interés en la causa de su salvacion propia.

« Los turcos, decian, forzarán mañana la puerta San Roman á pesar de los esfuerzos del emperador y de sus espartanos; penetrarán hasta la plaza del Hipódromo, el corazon de la capital, pero al llegar allí un ángel bajará de las nubes que entregará la espada de exterminio á un anciano sentado al pie de la columna, mandándole que arroje á los turcos de la ciudad, de la Europa y aun del Asia, hasta las fronteras de la Persia; y Constantinopla será otra vez, reina del mundo. »

« El pueblo, dice el historiador contemporáneo Franzen en sus Memorias, se hallaba tan poseído de ideas sobrenaturales y de teología, que si en efecto se le hubiera aparecido un ángel ofreciéndole libertarle de los turcos bajo la condicion de que se reconciliara con los ritos de la Iglesia latina, el pueblo antes que salvarse á tanta costa habria preferido su pérdida. »

El fanatismo de los griegos era tan afeminado como sus almas, y el de los otomanos era tan viril como sus brazos. Mahomet II andaba tan desvelado como Constantino, pero cuatrocientos mil hombres se reunian á su voz contra aquel puñado de soldados abandonados á sí mismos, en medio de una capital ingrata.

La aurora del 29 de mayo encontró á sus cuatrocientos mil hombres formados en orden de batalla al mando de sus bajás ó de sus emires. Mahomet, obrando como un general muy entendido, no habia entregado al acaso y al movimiento desordenado de un primer arranque, mas que á los doscientos mil voluntarios indisciplinados de turcos asiáticos ó europeos que á las órdenes de sus dervis ó de sus scheiks ingresaron en aquella cruzada religiosa contra los cristianos. Habíanlos acumulado como un vil rebaño, abandonándolos á su ardor y á su fanatismo entre la ciudad y el campo, al alcance del cañon de los bastiones, para cansar al corto número de defensores de la ciudad antes de la lucha y para cegar los fosos con sus cadáveres. En cuanto á sus tropas disciplinadas y aguerridas, formó con ellas cuatro columnas compactas, distribuidas á cierta distancia de las murallas por la llanura de Tracia en la direccion de sus puertas que debian atacar cada una de aquellas columnas. La primera de cien mil hombres, estaba cerca de la mar, enfrente de la puerta Dorada; la segunda de cincuenta mil, en la hondonada del valle por donde serpentea el Ryndacus, enfrente del fondo del puerto y del palacio de Blakernes; la tercera en el centro, un poco á retaguardia de las otras dos, para que en caso necesario pudiera enviarlas refuerzos y ánimo, y por último, en el corazon y al frente de aquellos doscientos cincuenta mil hombres, estaba él con sus veinte mil genizaros esperando el momento de dar el golpe decisivo en el punto en que la fortuna del combate le abriera la primera brecha.

Montado en un caballo turcomano que recordaba á los turcos su patria primitiva, y que les infundia el orgullo de todos los pasos que habian dado de sus desierto al Asia y á la Europa, Mahomet pasaba despacio delante de su ejército arengando á sus batallones y á sus escuadrones, á cada uno en su lengua y con una elocuencia rápida y viril, al grito unánime de ¡Dios es Dios! Las trompetas de Europa y los roncós tambores de la Tartaria iban á dar despues de esta revista la señal del asalto; Mahomet se volvió al paso á su tienda en medio de sus genizaros.

Mientras tomaba el sultan estas disposiciones, el infortunado Constantino que habia pasado una parte de la noche preparando su puñado de combatientes sobre las murallas, y arengando vanamente á su pueblo para comunicarle su propio heroísmo, se disponia tambien, no al triunfo, sino á la muerte. Soldado de su Dios, tanto como de su patria, á pesar de la indiferencia de que le culpaban los griegos supersticiosos, gracias á sus contiendas teológicas que eran la pérdida y la vergüenza de su imperio. Constantino se dirigió con todos los grandes de su corte á la iglesia de Santa Sofia, para ofrecer allí el homenaje de su vida y para sacar de la religion de sus padres el valor y quizás la dicha de salvar sus altares. El emperador asistió á un corto sacrificio, como habria asistido á sus propios funerales; recibió la comunión de manos del patriarca, y se confesó públicamente y llorando de sus pecados, para ofrecer al cielo una víctima pura; el pueblo enternecido respondió á esta confesion con sollozos que le presagiaron el perdon de Dios comprado por medio de su sangre que en breve iba á derramar por su causa.

Despues de esta estacion suprema en Santa Sofia, Constantino se volvió un momento al palacio de Blakernes para despedirse de los lugares del imperio y de su familia. En una arenga digna de la categoría, de la hora, de la triste grandeza de las circunstancias, pronunció, dice uno de los auditores, la oracion fúnebre del imperio griego, y luego pidiendo perdon humildemente de sus repentes de cólera ó de sus descuidos, á sus grandes oficiales y á los últimos de sus criados, vertió y arrancó lágrimas á todo el palacio. En seguida montó á caballo con el uniforme de simple soldado, sin conservar de su traje de emperador mas que los borceguiles bordados con un águila de oro pequeña y el manto de púrpura abrochado sobre su hombro izquierdo, y salió por última vez para ir á combatir en primera línea.

Mahomet II por su parte, para excitar á la vez todas las pasiones de la guerra en el alma de sus tropas, acababa de prometer á sus soldados, como Amurat bajo

los muros de Tesalónica, la ciudad entera de despojos y sus habitantes como esclavos.

« La ciudad para mí, decia su proclama al ejército, pero os abandono los cautivos y el botin, los metales preciosos y las mujeres bellas; sed ricos y dichosos. » Las provincias de mi imperio son muchas, y el soldado intrépido que primero suba sobre las murallas de Constantinopla será gobernador de las mas hermosas y opulentas, y tan grande será mi gratitud, que obtendrá mas riquezas y honores que ha podido soñar en toda su vida. »

Despues de la lectura de esta proclama se oyó en los cuatro ejércitos un estremecimiento de impaciencia parecido al latido del corazon de cuatrocientos mil hombres ante los cuales ponen de manifiesto la presa que ellos ansian devorar. En cuanto el sol hizo brillar las nieves del Olimpo mas allá de Brusa, Mahomet abandonó en fin á su ardor las masas indisciplinadas que formaban su inmensa vanguardia, que se precipitaron á los gritos de Allah sobre el borde exterior del foso ancho de cien pies en toda la extension de aquella línea fortificada de seis mil pasos que les ocultaba la ciudad. Las piedras, la tierra, los haces de leña que aquellos doscientos mil hombres arrojaban al foso no bastaban para cegarle. Los cañones y los tiradores de Constantino, guarecidos detrás de las almenas que aun quedaban en pie, ó detrás de las fortificaciones elevadas durante la noche, dejaron tendidos muchos miles de turcos al otro lado del foso exterior; pero la nube de flechas que despedian los arcos tártaros y el humo de los cañones de los griegos que el viento de la mar bajaba sobre los combatientes, llegaron á formar en breve una oscuridad tan grande entre las fortificaciones y la llanura, que los artilleros y los arqueros de Constantino, solo por el ruido podian apuntar contra aquellas masas invisibles de agresores. En vano las balas y la metralla hacian destrozos á las orillas del foso; aquellas masas impelidas por su propio peso, se precipitaban solas en las ondas, y formaban ante la puerta San Roman, que era el centro principal del asalto, una calzada de cadáveres que debia servir de camino á los que venian detrás de ellos.

Despues de este sacrificio de la escoria del ejército que arrojaron así á la muerte para asegurar la victoria, las tres columnas del ejército regular que contaban doscientos setenta mil combatientes se adelantaron al asalto en el mayor silencio. Los brazos y el fuego de los nueve mil soldados de Constantino se hallaban cansados ya despues de una lucha de dos horas; ya no les separaban de los otomanos mas que unos fosos medio cegados de leña; de sacos de arena, de muertos y de murallones que se hundian sobre los ruinosos cimientos. Mahomet II lanzándose alternativamente á la cabeza de sus tres grandes columnas, las señalaba con el ademán la torre derruida de la puerta San Roman como el centro que era preciso atacar para tomar al cabo las murallas. El manto de púrpura de Constantino, que se distinguia por momentos en la cúspide mas opuesta de la ancha brecha, servia de blanco á los otomanos y de bandera á los espartanos y á los italianos del recinto. Aquel flujo de doscientos mil guerreros que atacaban la base de la muralla al sonido de sus tambores tártaros y al estampido continuo de sus diez y ocho baterías despidiendo la muerte sobre la ciudad desde el puerto inferior hasta las Siete Torres; sus gritos salvajes, sus nubes de dardos, el brillo de sus millares de sables que reflejaban el sol en aquel mar de acero, no quebrantaron el corazon de Constantino, de Justiniani, de los Paleólogos y de sus intrépidos compañeros. Fuertes en sus murallas, en sus torres, fuertes con su artillería y la desesperacion de sus corazones, rechazan durante tres horas los mil asaltos intentados por aquellas oleadas de hombres, alternativamente sobre toda la línea del continente y del puerto; cincuenta mil otomanos muertos ó heridos rodaron en los fosos ó en la mar. Las balas de Constantino penetrando por aquellas columnas cerradas se llevaban filas enteras de soldados; las piedras, las rocas, las vigas, el fuego grequisco preparado durante la noche detrás de las brechas, destrozaban, quemaban y mutilaban á los que querian escalar los restos de los torreones. Las cabezas de las tres columnas se detuvieron, flotaron y se volvieron un instante hácia el campo de Mahomet. Un largo grito de victoria se elevó del seno de la ciudad, detrás de las trincheras acompañado de cánticos sagrados. Constantino, Justiniani y los Paleólogos, corriendo de una puerta á otra para reanimar y felicitar á sus soldados, contemplan con un vislumbre de esperanza desde lo alto de las murallas, como cejan y se vuelven los otomanos.

Mahomet II desesperó del éxito de la jornada, y pareció envuelto tambien en el movimiento de retirada. En vano los verdugos del ejército que le rodeaban, castigaban á los cobardes con golpes para que volvieran al combate, pues les era imposible restablecer el orden en aquel tropel de fugitivos. El sultan deliberó un momento consigo mismo sobre si debería abandonar el sitio y contentarse con el tributo que los griegos le ofrecian, pero el aspecto, los gritos, el ardor de los veinte mil genizaros inmóviles hasta entonces en torno de sus tiendas, que deseaban con ansia vengar ellos solos la afrenta del ejército, le decidieron á obstinarse en el asalto. Con el ímpetu de un torbellino se lanzó á su cabeza al centro de ataque abandonado, enfrente de la puerta de San Roman. La presencia del sultan á caballo blandiendo su maza de armas, la vergüenza de abandonar á su soberano, la reprobacion de los genizaros contra los cobardes y la voz de los dervises, reu-

nieron las columnas desordenadas que de nuevo marcharon al foso, donde Mahomet precipitaba ya á sus genizaros; Constantino y Justiniani que volvieron á la puerta San Roman al descubrir la presencia del sultan á la cabeza de los otomanos, mandaban y combatian sobre la brecha.

Un dardo que salió del grupo de los genizaros que rodeaban al sultan, atravesó la coraza de Justiniani, y sea que el aspecto de Mahomet que volvía al asalto con aquel océano de hombres hiciera al fin desesperar de la causa de Constantinopla al héroe genovés, sea que buscase un pretexto para abandonar sin desdoro aquella causa abandonada ya de la fortuna, sea en fin que tiene sus límites el valor humano cuando solo le inspira la gloria y no la patria ó la virtud, lo cierto es, que todo el heroísmo de Justiniani pareció perderse con la poca sangre que perdía de su herida; bajó de la brecha, y después que el cirujano del emperador le curó al pie de la muralla interior, pidió que le dejasen retirarse á Gálata, arrabal dentro de Constantinopla que habitaban los genoveses, sus compatriotas.

Sus compañeros de guerra se quedaron atónitos con aquella retirada pusilánime del campo de batalla en lo mas fuerte de la pelea. Constantino que bajó un instante con su general para asistir á la cura, le suplica que no dé el ejemplo del desaliento cuando sus tropas necesitan todo su valor; le representa el terror que su ausencia ó la noticia de su muerte van á esparcir en las filas de sus guerreros, pero nada conmueve al cobarde ó pérfido Justiniani:

«Vuestra herida es muy leve, le dice por último» Constantino, el peligro es supremo y vuestra retirada es la muerte del imperio; además ¿por qué camino os podeis escapar de una ciudad cercada toda por nuestros enemigos?

—«Me escaparé, respondió el herido sin pudor, insultando los desastres del héroe á quien abandonaba, y mostrando la brecha abierta por el cañon turco en el muro interior, me escaparé por el camino que el mismo Dios ha abierto á los turcos.» Y al decir esto se escapó en efecto corriendo por aquella brecha, atravesó el Cuerno de Oro en una barca y fué á ocultar su vida y su vergüenza dentro de los muros neutros de Gálata.

Aquella fuga fué la derrota de los sitiados; los italianos desalentados por la cobardía de su general, abandonaron al punto una parte de los puestos que les estaban confiados. En vano el infatigable Constantino volvió á subir casi solo sobre las brechas, y las defendió alternativamente con sus espartanos y con los Paleólogos, sus últimos apoyos. Mahomet II viendo las fortificaciones medio desiertas, y prometiendo el gobierno de un reino al primer genizaro que escalase por fin la muralla, introdujo el delirio de la valentía en el alma de sus soldados, que entraron sufriendo el fuego en el foso medio cegado con los cadáveres de sus compañeros. Un genizaro búlgaro de una estatura atlética y de un corazón capaz de animar aquella masa, llamado por unos Hassan de Ulubad, y por otros con un nombre bárbaro de la Europa del Norte, aplicó una escala á la muralla, y subiéndose con su escudo que llevaba en una mano, y blandiendo con la otra su largo sable proporcionado á la fuerza de su brazo, sube el primero á lo alto de la fortificación, invulnerable á las piedras y al fuego que destrozan ó abrasan detrás de él á diez y ocho de sus compañeros. Mientras se abre puerta solo por el peso de su escudo con la mano izquierda, tiende la derecha á otros doce genizaros que reemplazan en la escala á los muertos, pero alcanzado en fin por una enorme piedra lanzada desde más arriba por uno de los compañeros de Constantino, rueda al foso, se levanta sobre sus rodillas para volver á subir, y vuelve á caer sin sentido bajo una lluvia de piedras.

Mas entretanto sus doce compañeros, reforzados ya por centenares de genizaros, combaten furiosos sobre la plataforma que Hassan les abriera, ganando de cadáver en cadáver un terreno mas ancho sobre la brecha en donde están ya juntos los griegos y los otomanos. En aquella pelea tumultuosa se pudo ver desde abajo al intrépido Constantino que combatía con el encarnizamiento de un soldado, ora retrocediendo en medio del grupo de sus guerreros de Morea, ora alzando con la mano izquierda su manto de púrpura hacia la ciudad para invocar el socorro de sus últimos amigos. Precipitado por fin del muro exterior hasta el espacio que separaba los dos muros sobre los cadáveres de sus fieles oficiales, se despojó de su manto imperial para que una vez reconocido su cuerpo no fuese mutilado después de su muerte, y conservando solo el uniforme y las armas de un simple soldado, combate hasta el último suspiro sobre la brecha de la puerta San Roman á fin de que los turcos no entren en la ciudad imperial sino pasando sobre el cadáver de su emperador.

Abandonado de los suyos, luchando casi solo con un puñado de héroes bajo la puerta, y después de haber recibido dos heridas una en el rostro de un sablazo, y otra sobre la nuca del filo de una maza de armas, cayó exclamando: «¿No habrá un cristiano que me corte la cabeza y que se la quite á los bárbaros?»

Algunos soldados que huían oyeron estas palabras sin poder prestar este servicio fúnebre á su emperador. Los genizaros engolfados bajo la puerta San Roman, pasaron sin reconocer á Constantino, y su cuerpo quedó cubierto por montones de cadáveres que arrojaron de lo alto de las murallas.

Así murió el héroe estoico de la muerte que había elegido y ocultado como para no avergonzar tanto á su

imperio, dando satisfacción oscuramente á su propia gloria. La naturaleza, la patria y la religion parecían haberle reservado para que su heroísmo y su virtud sirvieran de eterno contraste y eterno oprobio á la envilecida caducidad de su nación. La historia no se ha detenido aun lo bastante en hacer justicia á ese grande hombre, y en testimonio á la verdad, debe elevarle tanto mas en su gloria, cuanto mas rebajado y vendido se vió en su fortuna.

Con él murió toda la energía de su pueblo y de su ejército. Los turcos inundaron en un momento toda la línea de las murallas, cayeron sobre todas las brechas y penetraron en columnas por todas las puertas. La ciudad era tan grande y era tan vil la cobarde indiferencia de los griegos por aquellos que combatian sin descanso hacia cincuenta días para salvarlos, que las primeras columnas de otomanos recorrieron y saqueaban ya el Hipódromo y el palacio de Blakernes, en tanto que los barrios de la Acrópolis, de Santa Softa y del mar de Mármara, ignoraban aun la invasión de los turcos y la muerte de Constantino. El ruido de los genizaros que corrían por las calles forzando las puertas; el hierro, el fuego, el asesinato, la violación de sus hogares, llegaron á anunciarles la catástrofe de su imperio. Aquellos que supieron á tiempo la inminencia del peligro mientras ocurría la última pelea sobre las brechas, salieron en tumulto de sus casas, con sus mujeres, sus ancianos, sus vírgenes y sus tesoros, y se refugiaron como un vil rebaño, en el inmenso recinto de la iglesia de Santa Sofía con la muchedumbre de sacerdotes, frailes y monjas que huían de sus moradas para abrigarse en aquel santuario que el hábito les había enseñado á considerar como inviolable. Mas de cien mil personas apiñadas en el templo, en los pórticos, en las galerías superiores y hasta en los techos de la media naranja, se metieron y se fortificaron en aquel edificio inmenso, unas prometiéndose alguna capitulación de lástima, alguna contempción provechosa para sus familias de la ferocidad del vencedor, y la mayor parte esperando con una estúpida credulidad la aparición del ángel anunciado por los profetas populares para exterminar á los otomanos antes de que hubiesen atravesado la columna del Hipódromo.

Los hachazos de los turcos que rompían las puertas de bronce de Santa Sofía, les advirtieron demasiado tarde que las naciones no tienen mas murallas que su patriotismo. El aspecto de aquella muchedumbre inofensiva y trémula desarmó á los soldados de Mahomet. Seguros por la proclama de aquella mañana de que sus prisioneros serían legitimamente sus esclavos, y enriquecidos en esperanza por los rescates que según la opulencia de los griegos se prometían habían de ser inmensos, prefirieron la riqueza y la hermosura á la sangre. Ningun asesinato manchó el atrio de Santa Sofía. Los griegos tendieron ellos mismos sus manos á las cadenas de los soldados, y los turcos ataron las manos de los hombres con las cuerdas y las correas de sus caballos, y las de las mujeres con sus cinturones y sus velos. De dos en dos reunieron como á un rebaño que se lleva á los bazares, á los viejos con los niños, los pontífices con los barrenderos del santuario, los senadores con los esclavos, los jóvenes nobles con las santas vírgenes de los monasterios que «nunca habían visto,» dice el historiador Franzes, la luz del cielo sino á través de la reja de sus claustros, y á quienes la severidad de las órdenes monásticas no permitía mirar ni aun á sus padres. Los gritos de las religiosas, que se enrojecían con la desnudez de su rostro, de los niños arrancados á sus madres, de las madres separadas de sus hijos, partían los corazones; hasta los mismos otomanos se enternecieron. Sesenta mil cautivos atados de ese modo, salieron de Santa Sofía, de los monasterios, de los palacios y de las casas de la capital, y atravesaron por última vez las calles de su villa natal para pasar á bordo de la flota de Mahomet II que debía llevarlos en esclavitud á voluntad de sus poseedores, con destino á todas las ciudades y á todas las tiendas del Asia.»

El cardenal ruso Isidoro, que había combatido como un soldado, dejó su capelo de púrpura al lado del cuerpo de un muerto, para hacer creer á los turcos que había perecido en la batalla. Los turcos cortaron la cabeza del cadáver y la pasearon con el capelo, en tanto que el cardenal disfrazado con el traje de un esclavo era vendido á bajo precio á un turcomano que le llevó para cuidar ganados á Satalia, de donde se escapó para volver á Roma. El saqueo prometido por Mahomet II á sus soldados, duró ocho horas sin agotar ni la avidez de los soldados, ni las riquezas de Constantinopla acumuladas gracias á un imperio tan prolongado y al comercio de todo el universo. Solo en moneda se calcula que se hallaron cuatro millones de monedas de oro en las casas de los particulares. El oro, la plata, los diamantes, las perlas, los vasos, jarrones y demás adornos de los palacios ó de los templos representaban un valor incalculable. Estos ricos despojos de los palacios y de las iglesias se hallaban tan envilecidos por su abundancia, que las estatuas rotas, los cuadros, los manuscritos preciosos, los tapices de púrpura, los brocados, los muebles de palo de olor, de marfil ó de nácar, servían de cama á los camellos de los asiáticos. Cien mil volúmenes recogidos desde el tiempo de Constantino en las bibliotecas públicas calentaron los baños de los bárbaros. Sin embargo, los genoveses rescataron de los soldados un corto número de libros que contenían tesoros de filosofía, de poesía y de historia antigua, y los enviaron á Italia donde reanimaron en Venecia y en Florencia la muerte llama de las letras griegas. Del mismo

modo destrozaron los cristianos los monumentos é incendiaron las bibliotecas en Alejandría y en Atenas. Los cruzados, tan exterminadores como los otomanos, habían ejercido las mismas violencias contra el espíritu humano en Nicea y en Constantinopla después del asalto que dieron al pasar contra aquellas capitales cristianas. Al hombre le gusta tanto destruir como fundar, y nunca le parece fundar bien si no lo efectúa sobre ruinas.

Mahomet II, que debía cumplir su promesa á sus soldados, no quería sin embargo autorizar con su presencia la devastación de la capital que destinaba al imperio. A la caída de la tarde entró en la ciudad para restablecer el orden á la cabeza de sus visires, de sus príncipes, de sus generales y de sus genizaros.

Aunque acostumbrado á las magnificencias árabes de Brusa, la majestad de los monumentos, de las cúpulas, de los palacios, de los jardines, de las plazas públicas, de los anfiteatros de Constantinopla, le deslumbraron. Aquellas señales de mármol, de bronce y de oro, de los dos imperios mas grandes y de las dos religiones mas pomposas del antiguo mundo, le revelaron grandezas humanas que ni siquiera podía figurarse; solo se creyó emperador de Oriente cuando los pies de su caballo hollaron aquel suelo, donde en efecto todo recordaba el imperio romano. Al pasar por la plaza del Hipódromo, parecida á un salon con pavimento de mármol de un palacio de nación, cuya bóveda era el cielo, admiró las obras maestras de escultura que abundan en esa plaza. No insultó á las estatuas de los emperadores sobre sus pedestales ó sobre sus columnas; pero al aspecto del grupo de las tres serpientes enroscadas por el estuario en torno del tronco de una columna y mostrando sus lenguas simbólicas en dirección á tres lados de la plaza, creyó ver en esta representación enigmática un ídolo adorado por los griegos, y de un golpe que dió con su hacha de armas de mango de oro, cortó la mandíbula á uno de los reptiles.

Para satisfacer el fanatismo de los dervises, y para instalar al Dios de Mahoma en su nueva conquista antes de instalarse él en el palacio de Constantino, dirigió su caballo á la iglesia de Santa Sofía, esa Kaabas de la religion vencida á los ojos de los otomanos. Sus soldados estaban acabando de saquear el edificio, y como uno de aquellos bárbaros continuase mutilando un mármol precioso del santuario, á pesar de la presencia del sultan, este le dió un hachazo y le dejó tendido á sus pies: «¿No sabes que os he entregado los esclavos?» y los tesoros, le dijo con calma, pero que los monumentos me pertenecen á mí solo? Los compañeros llevaron al soldado moribundo fuera del templo.

Mahomet después de haber admirado la grandeza del edificio, la elevación de la cúpula, segundo templo alzado al cielo por las ciento siete columnas de pórtico, de mármol color de rosa ó jaspeado, tomadas de los templos de Egipto, de Baalbek y de Efeso, subió al altar y rezó en él la oración musulmana como para purificarle para siempre de la idolatría que creían los turcos en el culto de los griegos. Luego mandó que aquel monumento compuesto de restos de tantos otros cultos, pero el mas majestuoso en su barbarie que el cristianismo hubiese construido aun en el mundo, fuese la primera mequita de los conquistadores en Constantinopla. Los muezzin que llaman á los fieles á la oración desde lo alto de los minaretes, subieron por su orden á lo alto de la media naranja, é hicieron oír por la primera vez en las calles desiertas de la metrópoli del cristianismo en Oriente el canto de «¡Dios es Dios! Solo Dios es grande, venid á la oración.» Echaron abajo las cruces, sacaron del templo las innumerables imágenes de santos y santas, objetos de la veneración, y aun casi de la adoración de los griegos, y los arquitectos de Mahomet II principiaron á arrancar en su presencia los mosaicos de vidrios de colores que forman los cuadros de la bóveda.

«Deteneos, les dijo, como si las historias que leía en latin y en persa, le hubiesen inspirado el sentimiento de la vicisitud de los imperios; limitaos á cubrir esos mosaicos con una capa de cal para que no escandalicen á los creyentes, pero no arranqueis de la bóveda esas maravillosas incrustaciones; ¿quién sabe si un día no las descubrirán en otro cambio de fortuna y de destino que sufra este templo?»

Mahomet al salir de Santa Sofía mandó que le llevaran al palacio de Blakernes para instalarse en él con su imperio. La soledad y tristeza de aquel palacio que cambiaba de amo en menos de un día, conmovió y enterneció el alma embriagada, pero mediatubunda del conquistador afortunado. El triunfo no le ocultó el luto del palacio; la sombra de Constantino, cuyo paradero era todavía desconocido, llenaba aquellos pórticos, aquellos salones y aquel tronco vacío. Mahomet II recordó algunos versos persas de un acento melancólico, al aspecto de aquel monumento de las inconstancias de la suerte.

«La araña, murmuró poniendo el pie en el umbral, teje su tela en la morada de los reyes, y el mochuelo nocturno ha entrístecido con sus chillidos siniestros las torres de Afraziab.»

Escipion, al entrar en Cartago, había recitado también un dístico de Homero sobre la ruina de Troya. Los poetas son los intérpretes de los héroes.

A. DE LAMARTINE.

# LA PAMPLINERA

CANCION

CON ACOMPAÑAMIENTO DE PIANO

música del maestro IRADIER

*Tempo di vals.*

PIANO.

8va

*E* *P* *F* *P*

Detailed description: This block contains the piano introduction for the song. It features a treble and bass clef with a 3/8 time signature. The music is marked with dynamics *E*, *P*, *F*, and *P*. There are triplets and a wavy line above the first few measures.

Ya ce-so mi triste a - go - bio      Pues a un que ven - do pam - pli - na, Quie-re un Mar-ques ser mi no-vio

Detailed description: This block shows the first line of the song. It includes a vocal line with lyrics and a piano accompaniment. The piano part consists of chords and rhythmic patterns.

Que me ha-rá lle - var cha - li - na      Que me ha-rá lle - var cha - li - na,      Que me ha-rá lle - var cha li -

Detailed description: This block shows the second line of the song. It includes a vocal line with lyrics and a piano accompaniment. The piano part continues with chords and rhythmic patterns.

- na.      ¡Juy! Y anda-ré en co-che De día y no-che      Pues di-ce siempre mi u - si - a      Que aunque tie - ne su er-bo -

*F* *R*

*E* *sf* *P*

Detailed description: This block shows the third line of the song. It includes a vocal line with lyrics and a piano accompaniment. Dynamics *F*, *R*, *E*, *sf*, and *P* are indicated.

- la - rio.      To-ma de la yer - ba mi - a,      To-ma de la yer - ba mi - a Pá su ca - na-rio, Pá su ca - na-rio..Y an-da-ré en

*Con mucha alegría.*

Detailed description: This block shows the fourth line of the song. It includes a vocal line with lyrics and a piano accompaniment. The instruction *Con mucha alegría.* is written above the final notes.

co - che De dia y no - che An da - ré en co - che, De dia y no - che, Ten - dré la - ca - yos, Y gua ca -  
 - ma - yos, Y ten - dré un mo - no, Pa dar - me to - no, Que aun que tie - ne su er - bo - la - rio To - ma de la yer - va  
 mi - a; Que aun que tie - ne su er - bo - la - rio, To - ma de la yer - va mi - a, To - ma de la yer - va mi - a, Pa su ca -  
 - na - rio Pa su ca - na - - - - - rio (*¡Pues ya!*); Pam - pli - na!; que fresca es - tá! *Svan*; Pam - pli - na!; que fresca es - tá!...

Procédés de Tantenstein et Cordel, 92, rue de la Harpe

2.

Es presona muy formal  
 El usía que me quiere  
 Y dice que me perfiere  
 A las maamas de chal.  
 Me adora tanto  
 Que el juéves santo  
 Al guiparme en una esquina  
 Me acompañó hasta el calvario  
 Y me toma la pamplina  
 Pa su canario...  
 Y andará en coche  
 De dia y noche :  
 Tendré lacayos  
 Y guacamayos  
 Y tendré un mono  
 Pa darme tono...  
 Me acompañó hasta el calvario  
 Y me toma la pamplina  
 Pa su canario...  
 ¡Pues ya!  
 ¡Pamplina! ¡qué fresca está!

3.

Pero asegura mi abuela  
 Que los hombres son fatales :  
 Sus palabras de canela  
 Suelen dar ansias mortales.  
 Los malandrines  
 Con malos fines  
 En pos de una golosina  
 Se abalanzan temerarios...  
 ¿Y qué resulta? pamplina  
 Pa los canarios...  
 Yo quiero coche  
 De dia y noche  
 Quiero lacayos  
 Y guacamayos :  
 Yo quiero un mono  
 Pa darme tono...  
 Se abalanzan temerarios,  
 ¿Y qué resulta? pamplina  
 Pa los canarios.  
 ¡Pues ya!  
 ¡Pamplina! ¡qué fresca está!

4.

Todos ellos son iguales  
 Y á mí me llaman hermosa...  
 Y si estoy entre zagales  
 Me oigo gritar... ¡salerosa!  
 ¡Viva el jaleo!  
 ¡Viva el meneo!  
 ¡Viva esa gracia divina  
 Del Rey de los tafanarios!  
 ¿Habrà bodas? ¡quí! pamplina  
 Pa los canarios...  
 Yo quiero coche  
 De dia y noche  
 Quiero lacayos  
 Y guacamayos...  
 Yo quiero un mono  
 Pa darme tono  
 Como suelen otros varios.  
 ¿Habrà bodas? ¡quí! pamplina  
 Pa los canarios...  
 ¡Pues ya!  
 ¡Pamplina! ¡qué fresca está!

## LA CASDAMI.

(Continuación.)

El juez de paz y el sustituto se miraron y se sonrieron al oír esta respuesta. Y terminada la indagación, montaron en el mal tilbury que habían traído.

— A todo esto, les dijo juiciosamente el sargento que los escoltaba, aun no se sabe el nombre de los dos inculpados.

— Parece que la mujer se llamaba Pepita, dijo el juez de paz. Pero ese es nombre de Pila y muy común para que sirva de gran cosa. Procure Vd. observar á todas las españolas rubias que encuentre Vd. viajando sin pasaporte.

La comisión no era muy ardua, y el gendarme la cumplió con la más religiosa exactitud. Sin embargo, esto no hubiera servido mucho, si algunas semanas despues, una noche en que dormía, pensando poco en sus investigaciones, no lo hubiese despertado y hecho ponerse en la ventana una piedra tirada contra ella.

Un individuo, varón ó hembra, eso no lo pudo distinguir, estaba á algunos pasos de su casa, expiando el momento en que el funcionario público sacara fuera las narices.

— ¡Eh! ¡chinel (gendarme)! le gritó el personaje ambiguo con voz evidentemente fingida... ¿Quieres prender á la Pepita?

— ¿La Pepita? preguntó el gendarme, cuyas ideas no eran muy claras á aquellas horas de la noche.

— Sí, á la Pepita... la mujer del bohemio que ha asesinado al niño... en Tajo; ¿qué, no lo recuerdas?

— ¡Ah! diablo, sí...

— Antes de amanecer va á la posada de la Paz... pregunta á la sirvienta que tienen allí desde la semana pasada... y dile que Pepindorio está preso...

— Aguárdame ahí... voy á hablar contigo, dijo el gendarme; tengo diez francos que darte por tu aviso.

El desconocido, no prestando atención á aquella oferta seductora, se perdió en las tinieblas dando una carcajada salvaje, que resonó siniestramente en medio del silencio nocturno.

Bien pudiera ser un ingenioso engaño, y el gendarme se quedó un poco perplejo. Pero estando cerca la posada de la Paz, y no ofreciéndose todos los días la ocasión de una captura importante, el honrado representante de la ley tomó resueltamente su partido.

No quedó esta vez defraudada su esperanza. Los dueños de la posada declararon haber recibido ocho días hacia una criada española, rubia, que se llamaba Josefina. La pobre muchacha, despertada bruscamente ántes de amanecer por las interpelaciones de la autoridad, perdió pronto la poca sangre fría que había querido aparentar. Y cuando el gendarme, acordándose del consejo que acababa de recibir del denunciador misterioso, pronunció el nombre de Pepindorio, una evidente angustia se pintó en el semblante de la joven española, que se dejó llevar sin resistencia ni oposición á la cárcel de la ciudad.

La ociosidad da en las provincias á las sesiones de los tribunales una importancia particular. Así, aun cuando un infanticidio no sea un crimen raro, la instrucción del proceso relativa al caso presente sonó lo suficiente para excitar la curiosidad de Lambert. Cuando supo las circunstancias del suceso, presintió sin dificultad que podía haber cierta relación entre este nuevo episodio y el drama bohemio en el que, por concurso extraño de acontecimientos había representado él un papel principal. Por consiguiente, prometió no perder la ocasión de aclarar las dudas y las sombras que rodeaban una parte de esta historia. Impelido además por una curiosidad irresistible estuvo á punto de ir á Perpiñán dos ó tres veces para ver á la acusada trasladada allí, y si semejante paso no le hubiese parecido un poco comprometido, hubiera cedido á esta excitación.

Entretanto trascurrieron días y semanas, y cuando el tribunal se reunió, Lambert, que quiso asistir como pasivo espectador al juicio de la Pepita, se sintió menos inclinado que nunca á llamar hácia sí la atención de la justicia, que asusta sin dificultad á los inocentes.

Segun la opinión de todos los aficionados más ó menos entendidos en la apreciación de esta clase de negocios, la causa de la *chica* no prometía nada bueno. No existían contra ella más que presunciones vagas muy poco admisibles. El verdadero culpable debía de ser su presunto marido, á quien no había podido echar mano la justicia, y á quien por consiguiente sería menester condenar en rebeldía.

Desde el principio, la desgraciada madre había sospechado de él y lo había acusado con energía; parecía cierto, y la Pepita lo afirmaba, que no era el padre del niño robado ó muerto. Aun se podía inducir por algunas palabras oscuras, pronunciadas por la acusada en el curso del interrogatorio, que este bohemio debía por una ó otra razón desear la muerte de la inocente víctima, que había hecho desaparecer de tan singular manera. Es verdad que hasta entonces nadie conocía exactamente los motivos del odio que alimentaba contra un recién nacido; pero se creía que este misterio se aclararía en la audiencia. Y cuando esto se explicase, la acusación contra la muchacha sería abandonada, un sobreesimismo tendría lugar, y los aficionados á escenas trágicas verían defraudado su deseo. Así racionaban los ociosos de Perpiñán mientras paseaban por la tarde,

y Lambert se proponía hablar con la Pepita, cuando fuese puesta en libertad.

Los debates comenzaron en el día señalado. Todo justificó al principio las previsiones desfavorables, de que acabamos de hablar. La concurrencia fué poco numerosa. El fiscal, sentado en su sillón, oía con indiferencia el interrogatorio de la acusada. Esta no había variado en las respuestas relativas á las circunstancias del crimen. Las dos comadres de Tajo atestiguaban lo mismo, y los jurados, á quienes aburrían aquellas repeticiones monotonas, habían caído en una especie de asoporamiento, favorable á la defensa.

Sin embargo, el fiscal, recordando que la Pepita no era la única acusada, y que cierto Pepindorio debía estar también complicado, juzgó convenientes ciertas preguntas concernientes á este individuo. Trasmítolas al presidente, cuya susceptibilidad en materia de prerrogativas le era notoria, y este magistrado, con un ligero movimiento de hombros que parecía protestar contra la inutilidad de este procedimiento accesorio, admitió la requisición indirecta del ministerio público.

Desde aquel momento, las declaraciones de la Pepita dejaron de ser tan insignificantes; todo el mundo comprendió que procuraba destruir la impresión desfavorable que habían suscitado contra su marido sus primitivas sospechas. En su opinión, las dos mujeres de Tajo se habían equivocado respecto del sentido que tenía la represión que ella le había dirigido. Nunca se le había pasado por la imaginación que quisiera Pepindorio deshacerse de la criatura, etc., etc. En suma, sobre este punto, desnaturalizaba la verdad verificada en el juicio, y no podía ser explicada tan palpable imprudencia sino por un sentimiento de temor ó de generosa abnegación. Poco á poco se animó la discusión con este nuevo incidente. La acusada tuvo que combatir á la viuda Clayra, que no quería pasar por un testigo falso. Dos ó tres veces se vió embarazada para responder, se ruborizó observando sus contradicciones, lloró cuando se la volvió á apremiar, se impacientó, rehusó contestar, y para decirlo de una vez, hizo lo que todas las hijas de Eva sorprendidas en flagrante delito de embustería.

Lambert oía con interés esta contienda judicial, cuando mirando al auditorio encontró de repente bajo el capuchon toso de una mujer del pueblo la irradiación fosfórica de dos pupilas ardientes, á las que un rayo de sol que penetraba en la sala, comunicaba un brillo indescriptible. En el mismo instante, como deslumbrado, dejó el aduanero de escuchar todo lo que se decía, concentrando su atención en la persona cuya presencia en aquel sitio acababa de serle revelada de aquella extraña manera. Aunque su elevada estatura y la mayor parte de sus facciones estuvieran ocultas por el informe vestido que la cubría, algo había que le mostraba que era una persona conocida; y sus sospechas se cambiaron pronto en certidumbre cuando oyó una extrepitosa carcajada, que saliendo del sombrío capuchon, conmovió á toda la concurrencia.

El presidente, escandalizado, volvió la cabeza hácia el punto de donde había salido el ruido; pero ántes de que tuviese tiempo de reprimir aquella insolente demostración, la mujer del capuchon agarró por el cuello á un soldado que acababa de levantarse con cierto sobresalto.

— Alto ahí, ¡puerco! gritó al mismo tiempo. Los cristianos te necesitan. ¡Eh! *Chinel*, guarde Vd. la puerta! *juntuné* (vil malvado) quiere escaparse.

Esta recomendación era inútil. Ugiéres, gendarmes y soldados se habían apoderado de todas las salidas.

— He aquí á Pepindorio, continuó la Casdami... el fiel *rom* de esta *romi*, el asesino de su hijo, el falso soldado. Esta vez veremos, *min-chaboro*, si te escapas!

## VII.

El arresto impensado del atrevido bohemio daba á este proceso criminal un nuevo aspecto y un notable interés. La audiencia había sido suspendida inmediatamente despues de este incidente extraordinario. La noticia se difundió por la ciudad con la rapidez del rayo, y cuando la sesión del tribunal se volvió á abrir, la sala se hallaba cuajada de espectadores.

Pepindorio apareció con su verdadero traje entre cuatro gendarmes, al lado de Pepita, que se hallaba evidentemente agitada por un conflicto de sentimientos difíciles de apreciar.

A las primeras preguntas que le fueron dirigidas se observó que libre de alguna preocupación, recobraba la libertad de la palabra y volvía insensiblemente á sus primeras alegaciones. De donde se concluyó por lo general y segun todas las apariencias, con razón, que la presencia de Pepindorio y el temor de provocar su venganza, si lo incriminaba ante la justicia, la habían decidido á modificar sus primeras declaraciones. Ahora dejaba entrever claramente, que creía, sino que él era el único autor, á lo menos cómplice del crimen, aun desconocido, que la había privado de su hijo. Pero preguntada acerca de las razones que podía haber tenido para obrar, no respondía, ó lo hacía de un modo vago é incoherente.

Pepindorio persistía en sus negativas absolutas é improbables, opuestas por él desde el principio al testimonio de las dos comadres del Tajo.

La Casdami parecía no querer tomar parte en el debate. Extraña á los hechos que la acusación se proponía esclarecer, se aprovechaba de aquella situación para

negarse rotundamente á contestar á las preguntas que le dirigían los magistrados. Y cuando se la estimulaba á decir porque había secundado los designios de la justicia contra un hombre de su raza, se limitaba á replicar con arrogante desden:

« El *juntuné* lo dirá, si quiere. Yo no les diré á Vds. mas. »

Tampoco Pepindorio aclaraba más este punto. La idea bohemia de que los *calorés* no deben en ningún caso permitir que un cristiano se mezcle en los asuntos de Egipto, como ellos los llaman, tenía sin duda mucha parte en su silencio. Pero la principal razón debía de ser que sobre aquel terreno peligroso la Casdami, sostenida por los de la tribu, podría seguramente perderlo. ¿Qué le sucedería si tuviera que rechazar una acusación de parricidio? Acusación en que había incurrido el día en que, para vengar á su segunda mujer, había atentado á los días del viejo Simpreffé. Con una enemiga tan resuelta, tan implacable como la Casdami, mejor era no extender la lucha que ella misma circunscribía por uno ú otro motivo. El instinto sutil de contrabandista, más bien que los razonamientos que le atribuimos, lo paraba ante la consideración de un peligro superior á aquel en que se encontraba.

Este peligro era real, y se agravaba con el interés que había por último inspirado á la desgraciada Pepita. Los mismos magistrados no podían contemplar sin compasión á aquella muchacha privada de todo apoyo y víctima de tan horrible traición. Y sin embargo aun no conocía más que la mitad de sus desventuras. Lambert, que sabía muchas otras, estaba conmovido diferentemente, y más turbado que nadie. Su primer movimiento lo inclinaba á comparecer ante el tribunal para exponer todos los detalles que habían llegado á su noticia; pero dotado de un talento claro, había calculado de antemano los resultados probables de su intervención.

¿De que serviría esto? se preguntó. El giro que toman las cosas parece favorable á la acusada. Pepindorio en cambio se halla gravemente comprometido; pero yo lo comprometeré más todavía cuando quizá está inocente, — si comunico mis conjeturas á la justicia, cuyas sospechas son ya perjudiciales á ese pobre diablo. Ni él, ni Pepita, ni esa traviesa Casdami han hablado del lazo tendido á la española, y en el que ella ha caído sin duda.

Evidentemente los tres presenten que la menor revelación acerca de este particular les sería funesta. Los jueces y los jurados creen aun que el niño, cuya desaparición ha provocado el juicio, pertenece á Pepindorio. Esta creencia es la única tabla de salvación que le queda, se vacila ante la improbabilidad de un infanticidio sin motivos apreciables. Inmediatamente se admitiría la muerte que librara á Pepindorio de un niño que debía serle odioso por su atroz origen. Despues de haber procurado en vano vengarse de su padre por el adulterio cometido, ¿no parecería natural que hubiese querido destruir su fruto? ¿Una vez en el secreto de esta horrible complicación, quién sabe en donde se pararía la opinión pública, oráculo muchas veces de los magistrados? Tal vez llegase á concebir que la misma madre, participando del odio de su marido hácia el hijo de Simpreffé, había tenido parte en un crimen, cuyo castigo no había solicitado ella, como hubiera podido y debido hacerlo. ¿Y quién sabe si no era esa la razón del silencio que guardaba respecto del atentado, de que ha sido víctima hace un año?

Así racionaba Lambert, convencido cada vez más de la necesidad de callar. Si hubiera podido orientar completamente á la justicia de su país, no hay duda que hubiese hablado para salvar al inocente, ya que no para provocar el castigo del culpable. Pero no permitiéndole los datos que poseía establecer sólidamente los hechos, creía deber dejar á los dos acusados el beneficio de una oscuridad, que podía serles favorable, al paso que saldrían nuevos cargos contra ellos de nuevas revelaciones.

Lo más equívoco para él en todo este negocio era el silencio absoluto que guardaba la Casdami. Este demonio femenino, impelido por unos celos implacables, seguía procurando la perdición de su infiel marido. ¿Cómo no adivinaba, que afianzaria su venganza revelando á los jueces de Pepindorio los motivos de odio que podía tener contra el niño cuya muerte iba á serle imputada? Nada podía temer ella revelando el crimen cometido á instancias suyas por el viejo Simpreffé, puesto que nadie podía probar ni apreciar hasta que punto había sido cómplice. Por eso extrañaba Lambert su indiscreta reserva, cuando tenía ella los mismos motivos para hablar que él para callar.

A fuerza de reflexionar, Lambert tuvo una de esas inspiraciones que honran á los magistrados más expertos. Como suele suceder, no conoció por de pronto todo el valor de su descubrimiento. ¿Cuál fué este? preguntará el lector. Quizá será inútil decirlo cuando sepamos lo que hizo.

La audiencia se concluyó muy luego á petición del fiscal, que no quiso tomar la palabra, reservándose el modificar su demanda.

Al salir del tribunal, la Casdami, rodeada de curiosos, pero soportando admirablemente las miradas que le dirigían, se alejó con su infernal sonrisa en los labios. Demasiada gente la seguía para que pudiese observar entre la multitud á un paisano que ocultaba su rostro bajo las alas de un enorme sombrero. Parecía que la examinaba con mucha atención, y si ella lo hubiese mirado, lo habría visto estudiar la posada de

los Tres osos, el jardín contiguo, sus salidas, en una palabra, la topografía completa de este local.

Hecho esto, se fué el hombre desconocido con paso resuelto. Hubiera sido preciso acecharlo escrupulosamente para apercibirse que su partida coincidía con la llegada de un arriero que acababa de alojarse en la posada después de acomodar bien un hermoso par de mulas. Sin embargo, se hubiera podido notar que estos animales no traían mucho polvo, y que por consiguiente no habían hecho una larga jernada. En todo caso, venían únicamente del otro extremo de la ciudad.

Su conductor, no obstante, se ocupaba mucho en arreglarlas, iba y venía, examinaba los cuartos vacantes, y llegó con disimulo á averiguar que la Casdami no tenía cama pedida para aquella noche.

Después observó, que cuando hubo concluido la bohemía un ligero refrigerio, mandó llenar de leche una calabaza.

— ¿Padece Vd. del pecho? le dijo con jovial familiaridad su desconocido comensal; sino, arroje Vd. ese breva, y yo le llenaré á Vd. su calabaza á mi manera. ¿Quiere Vd., hermosa?

La Casdami echó una ojeada singular sobre el obsequioso personaje; pero viendo que le presentaba un frasco de ron que trajo la posadera:

— Bueno, contestó ella. Tengo el pecho de tal suerte, que el ron y la leche me convienen del mismo modo.

Y vaciando la calabaza, y levandola con agua, la llenó de licor á expensas del generoso forastero.

Pero diez minutos después, viéndolo entrar en la cuadra, pidió una botella de leche que metió en seguida en la cesta que la servía de maleta. El supuesto arriero miraba por un agujero aquella operación, y guardó en su memoria esta hábil maniobra.

La noche llegaba y la oscuridad mas completa iba á envolver los arrabales de Perpiñan.

La Casdami, con su cesta debajo del brazo, cruzó el patio, entró en la huerta de la posada, y aplicó el oído para asegurarse de que nadie la seguía. El arriero no había cesado de acecharla; pero demasiado experto para seguir sus pasos, echó por el camino opuesto, atravesó el umbral de la posada y dió la vuelta de las tapias con la silenciosa agilidad de un lebrél.

« ¡ Con tal que Lambert esté en su puesto! » se decía, temiendo ya el perder la pista, porque conocía que la partida iba á ser muy empeñada.

Esta duda era una injuria muy gratuita. Al extremo opuesto de la callejuela se hallaba de centinela el aduanero desde que el sol se había puesto. Habitudo á esto, jamás quizá no había sentido tantas alternativas de temor y de esperanza. Ahora bien, preciso es confesarlo, todas estas emociones no eran filantrópicas. El hombre es una criatura compleja, á la que rara vez se le puede sorprender con una pasión enteramente sin mezcla alguna. No se puede dudar que Lambert deseaba favorecer á la rubia española y al gitano que le había hecho tan extraordinarias revelaciones; pero tampoco era poca cosa á sus ojos la fortuna de comprobar un suceso, envuelto entre tinieblas misteriosas.

Acechada así por dos camaradas, cuyos ojos y piernas, constantemente ejercitadas, no tenían iguales en diez leguas á la redonda, la Casdami se deslizaba entre las sombras, tan estrictamente vigilada como pudiera serlo por una escuadra de gendarmes. Ninguno de sus movimientos se ocultaba á sus antagonistas, que en vez de seguirla iban delante de ella con una táctica que les era familiar, y que burlaba las precauciones de la gitana.

Después de dos horas de marcha, Lambert y su camarada, — el mismo de quien hemos hablado mas arriba, — pudieron adivinar adonde se dirigía su infatigable enemiga.

En el fondo de un estrecho vallecillo, y al borde de un riachuelo, de no muy limpias aguas, se encontraban las ruinas de un molino abandonado. Desde fuera, parecían completamente inhabitables. Pero entrando en ellas, se podía conocer que merced á pequeñas reparaciones, algunos vagabundos desconocidos habían hallado allí un refugio casi cerrado.

La Casdami llegó cansada á su entrada, y desapareció súbitamente, dejando á los dos jóvenes, que no la habían perdido de vista, la idea de que tal vez se emboscaba, conociendo que la perseguían, á fin de vigilarlos á cubierto, y si se dejaban apercibir ú oír, burlar su curiosidad, mas ó ménos hostil, no continuando su viaje.

Esta duda los hizo pensar en reunirse. Durante algunos minutos permanecieron inmóviles, cada uno en su puesto, y avanzaron después el uno hácia el otro con mucha precaución.

Cuando estuvieron bastante acá para hablarse en voz baja, Lambert dió con rapidez instrucciones á su camarada. Este debía apostarse fuera, de suerte que nadie pudiese acercarse al molino ó salir de él sin ser descubierto por este centinela. Lambert se reservaba la misión mas difícil de espíar lo que pasara en aquella casa abierta por todos lados.... Arreglada así su campaña nocturna, se alzó un ruido que iba á cambiar en certidumbre la sospecha ya muy consistente del hábil Lambert.

Eran los vagidos de una criatura, que intentaba sofocar una persona.

— ¿Qué le decía á Vd.? exclamó Lambert, apretando con mano convulsiva el brazo de su camarada.

Se separaron entonces, este para ir á una alturita situada á cincuenta pasos del frente principal del molino, áquel para escogitar los medios de ver ú oír lo que se hiciera ó dijera en el refugio misterioso que debía

crear la Casdami al abrigo de toda investigación indiscreta.

Las resquebrajadas paredes ofrecían mucha facilidad para esto. Lambert llegó á subir á una abertura, que fué en otro tiempo una ventana, y penetró por ella en una especie de rellano. Enfrente había una puerta. Antes de empujarla, dudó unos instantes, apesar de seguir oyendo los gritos del niño en el piso bajo. Nada probaba que solo aquel piso estuviese habitado, ántes al contrario era natural creer que la Casdami había ido á dormir bajo el techo que cobijaba á toda su tribu.

Sin embargo no era así. Tranquilizado Lambert por el silencio profundo que reinaba en el piso superior, se aventuró á entrar en el cuarto. Algunos rayos de luna penetraban en él, y ellos le permitieron reconocer que era un asilo, en donde los bohemios mas endurecidos no podían pensar en dormir. Así, no se veían mas que algunas mazorecas de maíz, probablemente única provision permanente de aquella hospedería sin huéspedes, para el uso de la cofradía egipcia. Además, los numerosos intersticios de lo que fué en otro tiempo pavimento, dejando filtrarse por todos lados algunos rayos de luz, daban al que estuviera en ello interesado, los medios apetecibles para examinar todo lo que ocurría debajo de él.

Lambert se aprovechó de ellos sin el menor escrúpulo, y el cuadro que se le puso delante, cautivó al momento su ya excitada atencion.

Para cualquiera otro no hubiera tenido aquel cuadro nada de particular.

Una jóven con un niño de pecho sobre sus rodillas, al que humedecía los labios con un trapito mojado en leche; junto á ella un viejo vestido de un modo extravagante, y fumando con los codos apoyados en una tabla coja; ¡ que cosa en efecto mas sencilla! pero la jóven era la Casdami; el viejo, — fácil de conocer para quien lo hubiese visto una vez, — el viejo ofrecía á Lambert las facciones salvajes, los ojos chispeantes, las arrugas atormentadas, y por decirlo así, feroces, la fisonomía lasciva y astuta del conde gitano, del padre de Pepindorio; y su reunion en aquella guarida, después de lo que había ocurrido aquel mismo dia en Perpiñan, eran cosas capaces de interesar al buen mozo, que ambicionaba penetrar en la oscuridad trágica de aquellos maldecidos destinos.

Sentía uno viva satisfacción en ver realizarse así las presunciones de su instintiva sagacidad. Aunque r.o lo supiera con absoluta certeza, estaba muy convencido de tener á su vista al padre del niño robado á la Pepita, y á la terrible instigadora que había provocado, encendido y ayudado una pasión incestuosa, armado al hijo contra el padre, y por último concitado la justicia humana á descargar sus rigores contra un hombre acusado por falsas apariencias.

Ninguna duda le quedaba ya, y el encadenamiento lógico de estos actos monstruosos se los hacía aparecer tan simples, tan concebibles, como los mas vulgares de la vida de todos los dias. Mas tarde, la perversidad extraordinaria de la Casdami debía sorprenderlo y darle materia para muchos comentarios; pero en aquel momento, lo miraba á sangre fría, como el juego natural de una pasión violenta, desencadenada en una alma irritada por la desgracia, abierta al odio, y cuyas fuerzas se habían recogido para consumir una venganza, que la bohemia juzgaba legítima y sagrada.

¿ Añadirémos que arrastrado por una especie de fascinación, casi participaba de las ideas de su sombría heroína, y que si se le hubiese arrancado la exacta expresion de los sentimientos que ella le inspiraba, se hubiese visto en él mas piedad que aversion, mejor dicho, mas simpatía que indiferencia ó desvío?

Entretanto, — y sin darse cuenta cabal de sus impresiones, — hubiera dado todo lo del mundo por comprender las palabras que de vez en cuando cambiaban la Casdami y Simpreffé; pero por desgracia, no conocía el lenguaje que empleaban.

Reducido á adivinar lo que decían por los gestos y la expresion de sus fisonomías, Lambert los examinaba con este cuidado que suple en los sordo-mudos, las facultades de que los ha privado la naturaleza. Así comprendió que la Casdami refería los acontecimientos de aquel dia. El viejo sonreía con el triunfo de sus maquinaciones, y se hacía repetir con deleite la escena del arresto, que la Casdami contaba con una rara energia mimica. Lambert, que había sido testigo presencial, reconoció el episodio capital del proceso de Perpiñan. Creyó también, pero sin estar seguro de ello, que se trataba de él, y de la inquietud que su asistencia al tribunal había causado á la bohemia.

Admiró enfin, el bizarro contraste de los odiosos instintos que se pintaban sucesivamente en las facciones del gitano, y el afecto que mostraba al niño que tenía la Casdami. Mas de una vez, mientras ella hablaba, le quitó Simpreffé la criatura para acariciarla, siendo cosa sorprendente aquel lujo de paternidad en un bandido semejante. « Aun cuando yo hubiera dudado, pensó Lambert entre sí, esta escena me revelaría lo que ha sido de la pobre Pepita, el dia en que me negué á dejar escapar á su marido. »

Al cabo de una hora se durmió el niño, arrullado en los brazos de Simpreffé.

La Casdami había terminado su narracion, y abrumada de fatiga, cerró también los ojos.

El viejo colocó á la criatura sobre un montoncillo de paja, en donde él mismo iba á echarse, y apagó la luz de resina, que había alumbrado aquella escena.

(Se concluirá.)

## Excursion al territorio de los Uled-Suf.

(Véanse las páginas 131 y 132).

En dirección al Sudeste y á tres jornadas de Tugurt, se eleva un grupo de oasis llamado el Uled-Suf, comarca misteriosa, conocida solamente por las relaciones de los viajeros árabes, habitada por una población numerosa é industrial, y separada del resto del mundo por montañas de arena.

Esta extraviada población había creído por algunos instantes en la fortuna del cherif Mohammed ben Abdallah, y le había proporcionado un contingente respetable para su última accion en Megarin. Era en extremo importante hacer ver á los uled-suf, después de haberles patentizado su error en el campo de batalla, que no hay un retiro bastante oculto para sustraer á su venganza á los enemigos de la Francia, y que si hoy se contenta solo con imponer una multa, tal vez mañana se manifestará mas severa. Con efecto, después de algunos dias de descanso bajo los muros de Tugurt, el coronel Desvaux pasaba revista á las tres columnas del Aghuat, Busada y Biskia con motivo del aniversario del 10 de diciembre, y el 11 se ponían en marcha hácia el territorio de los uled-suf.

Apénas se sale de los oasis de Tugurt, cuando se entra en medio del desierto, desierto nada parecido al que se ha recorrido precedentemente, donde soldados franceses solo habían encontrado barrancos, cauces de rios con poca agua y algunas yerbas, rocas escarpadas, arena y algunos árboles; sino el verdadero desierto compuesto de montañas de arena que á veces se elevan de 30 á 40 metros, confusamente situadas, sin interrupcion, en cuyo suelo desaparecen los piés del viajero, y cuyo brillo resplandeciente daña la vista; donde no se encuentra agua con que apagar la sed sino á grandes intervalos, y á fuerza de cavar la tierra; donde la mas ligera brisa borra inmediatamente la huella que deja el caminante en pos de sí; vasto océano de arena sin límites, océano que tiene sus borrascas y sus huracanes de equinoccio mas terribles que en el mar; donde toda la vegetacion consiste en algunas matas de grama y una especie de retama, que los árabes llaman *arta ó reta*, cuyas raices y débiles ramas sirven para la lumbre; recurso providencial, porque en estas inmensas soledades si los dias son generalmente abrasadores, las madrugadas y las noches son tan frias, que hiela algunas veces.

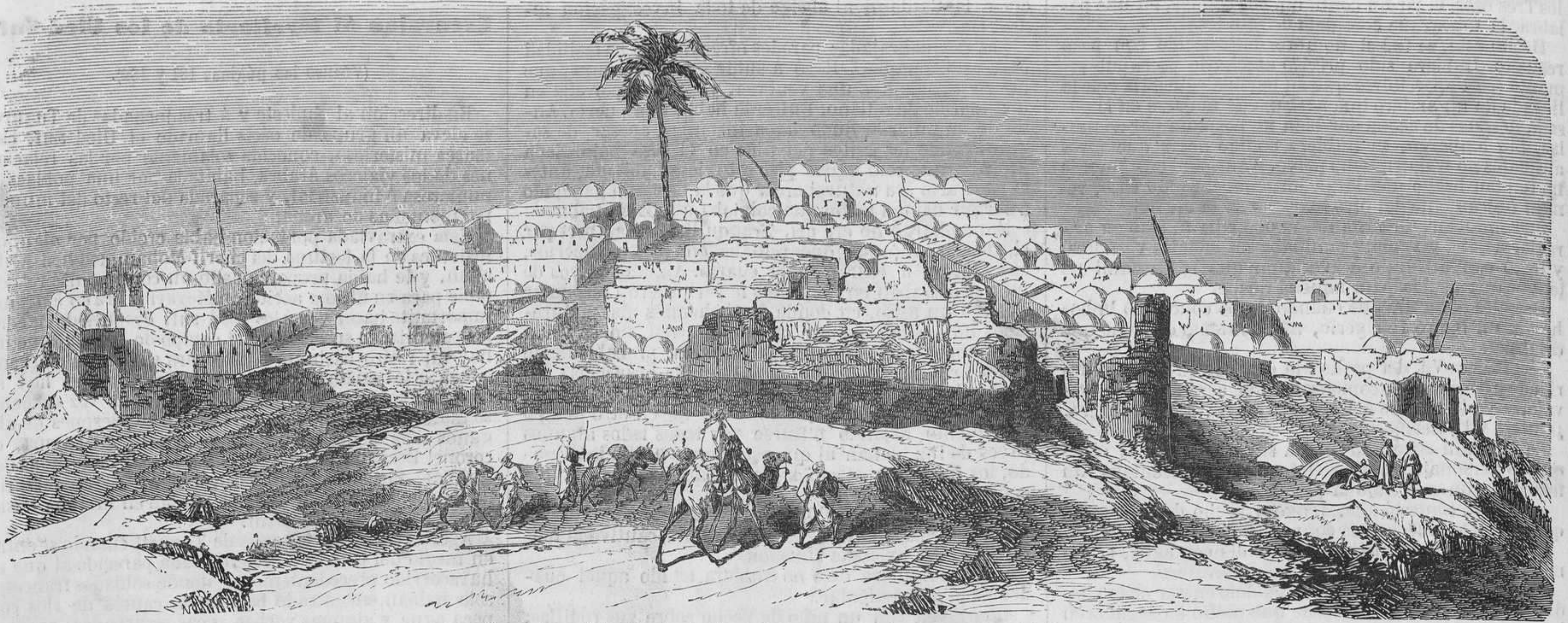
En medio de esta desolacion, se distingue sin embargo un gran pueblo llamado *Taibet ó Taibat del Este*: dos torres almenadas y una mezquita bastante elegante revelan cual ha sido la importancia de Taibet, que á pesar de eso parece marchar ahora hácia una ruina próxima. El circuito de murallas de mediana elevacion que le rodea, le defiende, tal vez por algun tiempo todavía, contra las incesantes invasiones de la arena, que ha sepultado ya la mayor parte de las palmeras, que constituían toda su riqueza. Las casas de este pueblo, cuya altura no excede de cinco á seis piés, sin otra abertura que la puerta, se hallan todas cubiertas de pequeñas cúpulas, que las dan el singular aspecto de un colmenar, y están construidas de piedras formadas de espejuelo ó yeso cristalizado. Estas piedras esparcidas en gran cantidad sobre la arena, cuyo color dorado han tomado, presentan las formas mas caprichosas; unas representan dibujos de una arquitectura fina y elegante, mientras que otras parecen vistosos y magníficos ramilletes.

De repente una vasta llanura se desarrolla delante de los soldados cansados, al fin de la tercera jornada por los arenales del desierto: esta llanura se hallaba circundada por una multitud de palmeras, de las que solo se distinguían las copas, y en el centro, al rededor de dos pueblos al parecer considerables, se veían muchos jardines, en los cuales se agitaban, como los palos de barcos pequeños, una infinidad de varales. Estos varales, con una cuerda á una extremidad y un contrapeso á la otra, estaban destinados á sacar de los pozos el agua para el riego. Nos hallábamós pues en el país de los uled-suf.

Los dos pueblos que acababan de presentarse á la vista de la columna francesa, eran *Taghzut* y *Guemar ó Gmar*. El primero, cuya población cuenta como unos 4,000 habitantes, tiene cuatro grandes puertas abiertas, de las cuales la una, llamada *Bab el chergui*, da entrada al barrio de los judíos. Las casas, como en Taibet, están construidas en forma de colmenas. El segundo pueblo, lo mismo que el primero, nada ofrece digno de llamar la atencion, si se exceptúa solamente el número de sus moradores que se eleva á 7,000, de los cuales la mayor parte corrió al encuentro de los soldados, trayendo la *difa*.

La noticia de la marcha de la columna francesa hácia el Uled-Suf había llegado ya hacia algunos dias, y un terror profundo se había apoderado de toda la comarca; la vispera de la llegada á Taghzut, los habitantes principales se presentaron en el bivac con la sumision de su territorio, pidiendo el *aman*, y aceptando todas las condiciones que se le quisieron imponer; por lo cual no se hizo mas que visitar de paso *Kuinin*, otro pueblo de 5,000 habitantes, ántes de llegar á *Uled*, capital del territorio de Suf, cuyos pueblos, entre los ya citados, son: el *Bahina* (800 habitantes), el *Zgum ó Ezgum* (800 habitantes), y el *Dbila* (800 habitantes).

El *Uled*, ciudad principal, cuenta una población de 10,000 almas, lo que representa para todo el país como unos 20,000 habitantes. Los *uled-suf*, como los



Excursion al territorio de los Uled-Suf. — Taghzult, puerta del Sur.

tuareg y los mzabites, pertenecen á la raza kabila; son muy industriosos, y se dedican al comercio de albornoces, armas, esencias y ornatos árabes de oro y plata. Tienen pocos ganados (algunos carneros y cabras), como tambien pocos caballos; pero poseen una cantidad de asnos magníficos que dejan sueltos pastando en el desierto, y muchos camellos, entre ellos algunos de los llamados mahari ó camellos corredores, que no se encuentran apénas sino entre los tuareg (árabes ladrones) y los mzabites, que solo se aprovechan de la velocidad de su marcha para alcanzar á sus enemigos ó para huir de ellos.

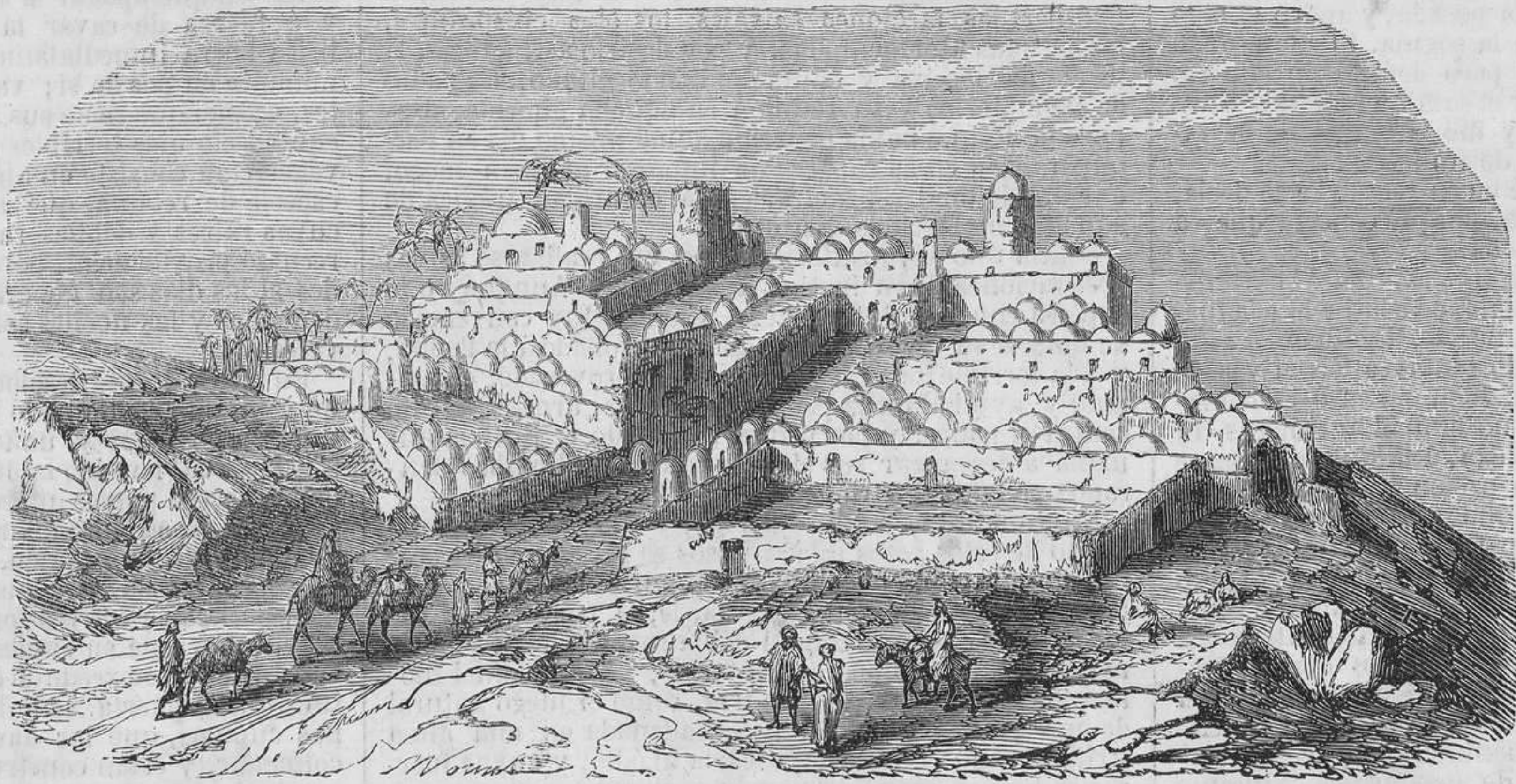
El mahari se parece al camello vulgar (en árabe *djemel*), pero es mucho mas fuerte, mas alto (á veces pasa de siete piés), mas esbelto, de cuello mas largo y su pelo es corto y sedoso; en una palabra, es al camello ordinario, lo que el caballo de raza pura es al caballo comun. La hembra ó *maharia* está embarazada durante doce meses; sus hijuelos maman un año al cabo de los cua-

les para destetarlos, les atraviesan la nariz con un pedacito de madera puntiagudo que dejan en la llaga;

agujeros practicados en la nariz ponen dos sortijillas de hierro á las que adaptan dos correas que sirven para dirigir al animal en su carrera. En vez de llevar cargas pesadas como el pobre *djemel*, el orgulloso mahari recibe una silla ligera sin estribos, donde monta con las piernas cruzadas sobre el cuello del animal el ginete árabe provisto de su larga escopeta, ó con su lanza y escudo como el *mureng*. El mahari anda mucho; los buenos caminan fácilmente sesenta leguas por hora, y así se venden á 600 fs. en tanto que un *djemel* no vale mas de 200 francos.

Terminamos aquí este artículo, pues nos queda muy poco que decir sobre los uled-suf y el Ued; sin embargo concluiremos manifestando que esta ciudad posee una mezquita muy grande, cuyo minarete de piedra se eleva majestuosamente sobre las casas. En cuanto se logró la sumision del país, la columna tomó de nuevo el camino de Tuggurt, bajo cuyos muros se halla acampada á la hora en que escribimos.

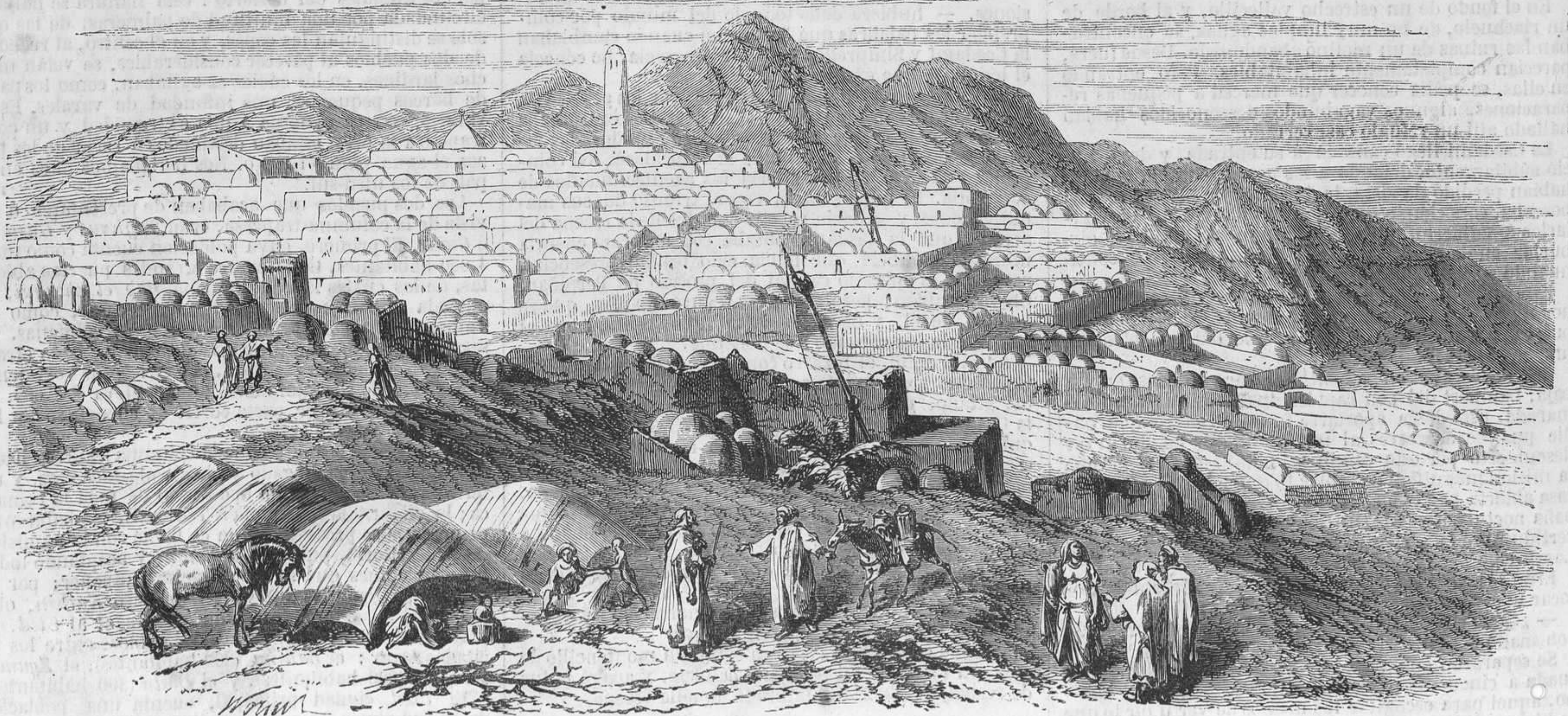
A. C.



Taibet.

este palito cuando el pequeñuelo quiere mamar pica á la maharia que entónces se lo impide, y así se ve obligado á comer yerba. Cuando se hace grande, en estos

sumision del país, la columna tomó de nuevo el camino de Tuggurt, bajo cuyos muros se halla acampada á la hora en que escribimos.



El Ued, ciudad principal de los Uled-Suf.